

SAN EFREN

ENDECHAS

Traducción y Prólogo del
P. A. Sebastián Ruiz

Serie
Los Santos Padres
N.º 14

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

PROLOGO

Presento en este libro a los lectores de lengua castellana la traducción de Cincuenta canciones que la inspirada "Cítara del Espíritu Santo", San Efrén, diácono de Edesa, escribió para requebrar a "la terrible muerte". Ochenta y cinco cantos componen toda la obra del santo doctor, "el profeta de los sirios". Los traductores griegos y latinos titularon con diversos nombres estos "Mâdrachê", versos fúnebres: Las ochenta y cinco nenias o elegías, las Necrosima y Cánones fúnebres. Yo las llamo Endechas.

Lo fueron, en la verdadera acepción de la palabra, para el pueblo sirio: composiciones breves, con estrofas de doce, diez, seis y cuatro versos, terminados siempre por un estribillo; cantábalas el pueblo en las iglesias, en las calles y en la intimidad del hogar, añorando en ellas a las personas queridas arrebatadas por la muerte. En ellas San Efrén, "la columna de la Iglesia", introdujo fórmulas de oración y expresiones variadísimas para inculcar entre el pueblo el dogma fundamental de nuestra religión: la resurrección de la carne, impugnado por la herejía de Bardasanes, un dogmatizador de la Siria, la Osroenia y otras provincias.

La lectura de una de estas endechas será el mejor sedante y consuelo para todo aquel que haya perdido un ser amado, un fiel amigo. El recuerdo de sus virtudes, de su trato amable, de sus favores, la pérdida de una ayuda valiosa, la separación, la tristura, el abandono y la corrupción del sepulcro, todo esto es transitorio. Cristo ha vencido a la muerte, Cristo es las primicias de los muertos y su cruz nuestra esperanza de resurrección. Los cuerpos humillados que se desmoronan en la tumba, de esta morada de tierra, en expresión litúrgica de la Iglesia tomada del "profeta de los sirios", que es necesario que se deshaga para levantar la habitación eterna en los cielos (PREFACIO DE LA MISA DE LOS DIFUNTOS); después de leer una endecha del doctor del Universo, San Efrén, ya no causarán horror los cadáveres, ni repugnancia su olor, ni pavor el rezar junto a ellos, porque resucitarán, cuando les despierte la trompeta, para vestirse de claridad, de inmortalidad, de agilidad y de sutileza.

El tema triste de la muerte, en la pluma y en la cítara de un trovador del talle de San Efrén, se convierte para el lector en una acción de gracias, en una explosión de amor y de esperanza.

He aquí un guión de la obra.

Los Cantos fúnebres, obra poética de las más inspiradas que salió de su pluma, no son un poema con su unidad de plan histórico o didáctico, como los creó la poesía antigua de Grecia o de Roma. La muerte, inevitable después del pecado de Adán para todo hombre, es una separación violenta del alma y del cuerpo y de las personas amadas, y es una dejación y abandono de todo lo que aquí poseemos. Este es el nudo de todas las composiciones. Monótono en sí, el tema varía, porque la muerte siega con su guadaña a toda clase de personas de la sociedad. No le entristece la muerte de los obispos que fueron buenos pastores, castos, celosos, ayunadores y apóstoles de la verdad. Ocho panegíricos, las ocho primeras endechas (1-8), consuelan a la Iglesia al quedarse viuda. Desde la 9 a la 13 ensalza la virtud de los sacerdotes y diáconos; y para enaltecer la vida religiosa, su desprendimiento, mortificación, oración y obras de celo escribió catorce endechas (14-27). El entierro de los príncipes y ricos-hombres le inspiró la 28, la más llena de enseñanzas morales y de un tono patético. La 29 consuela a los peregrinos. Desde la 30 a la 33, con motivo de la muerte de las madres de familia, compuso verdaderos tratados de teología dogmática sobre el pecado y origen del mal, tema que trata también el santo en sus libros contra los herejes. Tierno es el lenguaje y poéticas las expresiones que emplea para encarecer a los jóvenes el aborrecimiento del mundo y sus seducciones, y consoladoras en extremo las frases en que canta la felicidad de los niños en el cielo (34-44).

Temas generales son todos los tratados en las restantes composiciones (45-85): estragos de la peste (castigo de los pecados de los pueblos); las muertes repentinas, la vanidad de las cosas humanas considerada al borde del sepulcro, etc.; el juicio particular y el juicio final, etc. Brilla con rayos fulgentes la esperanza de la resurrección, representada por la cruz, ganada por los méritos de Cristo, prometida a los que comen el Cuerpo y beben la Sangre de Cristo.

San Efrén es el enamorado de Cristo Rey, rey del Universo por conquista de las almas; el amante devoto de la Cruz, la cruz salvadora, la cruz de la esperanza; pero es el doctor del dogma de la resurrección de los cuerpos el día postrero del mundo.

Poeta y músico de un pueblo de poetas y cantores, San Efrén supo adaptarse a sus lectores y oyentes. La naturaleza, las flores, las aves, los ríos y los montes le prestan las imágenes; su corazón tierno, las plegarias encendidas y los ayes de despedida de las personas que se van a callar para siempre y a dormirse entre los que no hablan. Callar es morir para un pueblo como el sirio, locuaz, alegre y cantor. En el cielo, después de la resurrección, los santos tocarán la lira y cantarán los salmos y las alabanzas al Dios Optimo Máximo. San Efrén no sabe más libros que la Biblia y en ella busca su inspiración. El lenguaje sencillo del Santo Diácono de Edesa era preciso dejarle en su sencillez y candor; para transcribir mejor su lirismo hemos usado muchas veces la forma estifoidal y traicionado menos su pensamiento, alargando la frase; lo hemos hecho cuando mejor lo guardan sus traductores latinos los maronitas Assemani, hasta hoy la mejor y más completa de las ediciones de San Efrén (Roma, 1743, en seis vol. in folio). Pocas veces, tres o cuatro, he saltado estrofas por evitar repeticiones. Los epígrafes de las endechas son míos y he conservado la numeración romana de Assemani; así hará más cómoda la consulta del original de la versión latina.

* * *

San Efrén (306?-337) vino al mundo en la ciudad de Nisibe, en la Mesopotamia. Sus padres, cristianos, le dieron educación esmerada y, joven aún, se retiró a la soledad a hacer vida eremítica. El Obispo de Nisibe, Santiago, hombre erudito y virtuoso, recibió al joven Efrén entre sus discípulos; los historiadores afirman que le llevó al concilio de Nicea de 325. Era poco después maestro y director de una escuela de exégesis establecida en Nisibe por su Obispo.

Las provincias de Osroenia y Mesopotamia sufrieron entonces la invasión de los persas; su rey, Sapor II, tomó y asoló sus ciudades y aldeas. Pero en Nisibe se eclipsó su estrella, padeciendo la primera derrota, y los historiadores atribuyen la victoria de las legiones del Imperio a la oración del maestro y doctor San Efrén. Es lo cierto que su entusiasmo y su estro poético levantaron el patriotismo de los sirios, y aquellos pueblos rechazaron entonces a los persas.

Después nuevos azares de la guerra ponen al santo en comunicación con personajes influyentes del imperio; tal vez en algún viaje a la Corte traba amistad con San Basilio, quien, prendado de las virtu-

des y ciencia del monje sirio, le confirió la orden del diaconado. Hacia 360 fija el santo su residencia en Edesa, absorto en la dirección de una escuela abierta por él y en la composición de sus innumerables escritos en prosa y en verso. En 373 muere, rodeado de la admiración de sus discípulos y de un pueblo que lo idolatraba, lleno de merecimientos.

Hombre menudo, calvo, imberbe, enjuto de carnes, semejaba la severidad personificada. Jamás reía, él, poeta, cantor y pulsador de la cítara, cuyo nombre no se le cae de la pluma en todas las páginas de sus libros. Desde sus primeros años no comió pan de trigo y se alimentó sólo de legumbres, y casi siempre verdes y sin cocer. Su vestido fue una túnica, remendada y desteñida; caminó descalzo. Como Basilio, el obispo de Cesárea, su cuerpo fue un manojo de huesos trabados por la piel morena, tostada por el sol del desierto.

Bajo estas apariencias de asceta se ocultaba en Efrén un alma ardiente y mística, un contemplativo enamorado de la Trinidad Santísima y del misterio de la Encarnación. “No he negado al Padre y al Hijo y al Espíritu”, leemos en sus versos a cada paso, y al Verbo le llama siempre “nuestro allegado”, el pariente y “el hermano del linaje de Adán”, cuando se extasía en la contemplación de Belén, cuando le ve venir por los aires a juzgar o los muertos y cuando le arrebató su amor a la cruz de Cristo.

San Efrén, monje, maestro y escritor, fue además un guerrero que arengó a los soldados que combatían en las murallas de Nisibe y de Edesa, y sus arengas son versos inflamados; fue un debelador de la herejía. Bardasanes y sus discípulos predicaron doctrinas antitrinitarias, enseñaron que Dios era el origen del mal en el mundo, que todo se acaba con la muerte y que son lícitos los mayores desórdenes y orgías y carnalidades, y San Efrén se levantó contra tamañas blasfemias para libertar al pueblo sirio como un solo hombre contra enemigos más perniciosos y temibles que los persas. Su predicación inflamada la conservamos hoy en sus escritos poéticos contra los herejes en los cantos fúnebres.

“Que el cuerpo y alma canten tus alabanzas, Señor, en el paraíso”, era el estribillo de todas las baladas sirias cuando en las iglesias y en las calles y en la plaza se rezaban los versos del diácono de Edesa, “porque el cuerpo es bueno, el cuerpo resucitará un día y entrará en los palacios del Rey”, dice también San Efrén.

Tal fue el bardo de Siria, “el doctor del Universo, la columna de

la Iglesia, la boca elocuente, el profeta de los sirios y la cítara del Espíritu Santo". Los protestantes, y antes que ellos otros herejes, pretendieron ver errores dogmáticos en sus escritos; tal vez inexactitudes, exageraciones poéticas se le puedan achacar algunas. La Iglesia ha aprobado solemnemente su ortodoxia al declararle Doctor por decreto del Papa Benedicto XV en 1920.

La producción literaria de San Efrén no se ha completado todavía y, aun cuando se le hayan atribuido algunas obras, abruma el trabajo realizado por su pluma. Ya la antigüedad le dio como suyos más de 300.000 versos sobre temas muy variados.

Escribió: a) Comentarios al: 1.º, Génesis; 2.º, Exodo; 3.º, Levítico; 4.º, Número; 5.º, Deuteronomio, 6.º, Jueces y Josué; 7.º, al libro de Job; 8.º, Isaías, Jeremías y sus Trenos; 9.º, Ezequiel; 10.º, Daniel, y 11.º, Profetas menores.

b) Breves escolios ascéticos: Tratado del sacerdote Helí, Alabanza de los Salmos...

c) Sermones: 1.º, doce sermones exegéticos; 2.º, doce sobre el Paraíso, 3.º, cincuenta y seis contra las herejías; 4.º, ochenta contra los escudriñadores; 5.º, siete sermones de la margarita; 6.º, de la fe, de la penitencia; 7.º, sermones de las fiestas del Señor y los santos, sobre la Cruz y varios patriarcas del Antiguo Testamento.

d) Sermones ascético-morales: A los monjes, sobre las Bienaventuranzas, pareneses sobre la penitencia, los novísimos, juicio, el sacerdocio y los Ochenta y cinco cantos fúnebres.

Se le atribuyen muchos más, que la crítica histórica va confirmando como auténticos.

Bibliografía.— Ha sido San Efrén uno de los padres cuyas obras alcanzaron más fama en los monasterios medievales, y los monjes copiaron muchas veces sus tratados. En el siglo XVIII le dieron a conocer los dos maronitas Assemani, tío y sobrino, José Simón y Esteban Evodio. Después han publicado trabajos eruditos: Lamy: *S. Ephraem Syri Hymni et Sermones...*; Malinas, 1886. Overbeck: *Opera selecta*; Oxford, 1865-1880!. Caspari en *Cristiania*; Zingerle en *Innsbruck*, 1830-1838; C. Fercy le estudió como poeta en su *Saint Ephrem*, poéte; París, 1877. Véase además: Bartenhewer: *Patrología trad. de J. M.ª Solá*; Barcelona, 1910; páginas 399-405, y Cayré: *Precis de Patrologie*, t. I; París, 1927; p. 368-375.

EL TRADUCTOR

CANTOS SELECTOS DE SAN EFREN

I

EL BUEN PASTOR

La muerte es el fin del combate que libra el cuerpo
Con las muchas miserias de esta vida;

La muerte da la paz a los buenos,
La muerte corona a los atletas.

Guerra sin cuartel hacen los valientes
Ejercitándose en la práctica de las virtudes,
Guerra que todos los días se recrudece
y no cesa de hostigarles hasta la muerte;

Hasta que se fue la vida
A la caída del sol, cuando se paga al obrero,
Entonces se da el descanso y la paz al jornalero.

Aquel descanso que dura
Hasta que venga a despertarles
El Arbitro de la vida y de la muerte;
Cuando se acerque a los sepulcros,
Cuando los levante y se incorporen de su letargo
Como los que duermen;

Cuando, libres de la corrupción,
El Juez los lleve a la vida perdurable.

Aunque estén separados de nosotros
Los cristianos difuntos;
Aunque, alejados de nuestras miradas;
Nos tratan y nos hablan y nos enseñan.
La enfermedad gastó y consumió sus cuerpos
Como se gastan los vestidos,
Mas no acabó con sus almas.
Sus almas viven,
Conservan los afectos que aquí tuvieron;
Puede presentar a nosotros, hablarnos
Y con sus ejemplos enseñarnos la virtud.
Conservando la vida y la inteligencia
Gozan allá;

Mientras sus cuerpos,
Yacen sepultados en la tierra,
Como tesoro confiado a su custodia.

Duélenos la pérdida de nuestro Obispo; pero nuestro dolor le es provecho, pues ahora recibe doblado aquel dinero que dio a rédito. Por eso no le asustó el anuncio de la partida.

A nuestro Obispo, como en otro tiempo a Moisés, la muerte le ha coronado, le ha conducido desde alta mar al puerto, librándole de las miserias de este siglo y de lucha molesta con su cuerpo. Varón mansísimo por su mansedumbre comparable, legislador de los hebreos, nuestro Obispo adoctrinó y gobernó con prudencia la grey confiada a sus cuidados; puso delante de nosotros el libro de las Sagradas Escrituras, como aquella columna de fuego. Como aquella columna de luz mostró él la Ley al pueblo, dirimiendo sus rencillas ya apaciguando sus resentimientos. También se pareció nuestro Obispo al caudillo de los judíos, porque así como él sacó a su pueblo de la esclavitud tiránica de Faraón, así rescató éste a su rebaño, oprimido por la idolatría de las mentidas deidades paganas.

Ahora vivimos preocupados, no sabiendo qué Pastor tendremos después, y este pensamiento nos atormenta cruelmente, padre, no porque hayas llegado con la nave al puerto ni de que hayas conseguido la

corona. ¿Cómo no se va a entristecer la Iglesia, en la que, trabajada por el hambre, fuiste un Elías previsor y, saciada con el pan de la caridad, la limpiaste de los errores y cultos profanos? Nunca dejará de llorar el artífice que ha perdido, que terminó el edificio empezado por Pablo y que con el oro le iluminó una vez construido. Sí, llorará siempre a esa fuente de la doctrina santa, ahora seca; le siente hasta en los huertos plantados por él maravillosamente: él fertilizó su campo con abundancia de frutos como los que suele producir la ciencia de las Divinas Escrituras.

Así me explico que se hayan apoderado del corazón de la viuda abandonada la tristeza y el llanto inconsolables al pensar que ya no gozará de tus enseñanzas, al saber que tu voz se ha apagado; tú, que habías sido colocado por el cielo para corregir a los pecadores empedernidos en el vicio y como remedio contra la malicia y la tibieza. En vano esperará la viuda que extiendas tu diestra hacia sus hijos y hagas sobre ellos la señal de la cruz, de la que pende nuestra esperanza.

¡Qué de extrañar tiene que se arrase en lágrimas el que entra en el templo, pues ya no puede poner sus ojos en ti, que te sentabas junto al presbiterio, ni contemplar tu rostro, apacible y lleno de dulzura! Una y más veces, tan pronto como amanece, queriendo rezar, aquella viuda camina a la iglesia, esperanzada de gozar de tu bendición; mas, ¡ay!, cuando en medio del tropel de las gentes, y después de buscarte en vano largo tiempo, no te encuentra, convencida de tu fallecimiento, el dolor se apodera de su corazón, la despedaza y la ahoga.

Ahora bien, como tú hayas cumplido todos los deberes del Buen Pastor para con su grey y ella se confiese deudora a tus oraciones de su salvación, y como hayas imitado al mansísimo Moisés y hayas gobernado prudente y dulcemente tu Iglesia en paz, tus ovejas no dudan de que gozas, como el legislador judío, del fruto de tus trabajos.

Como digo, no se angustia la grey por ti, sino de que a tu muerte nadie te ha sucedido todavía que se asemeje al buen Apolo. Cuando la muerte arrebató a los israelitas a su caudillo Moisés quedaron compensados con las virtudes de su sucesor, el capitán Josué, y la tristeza en que les sumió el fallecimiento del legislador desapareció pronto, y llegó a tanto su consuelo que ya no pidieron nuevo salvador ni general.

Mas como tu Iglesia no ha alcanzado todavía otro pastor igual a ti, por eso llora cual esposa a quien repentinamente le han arrebatado al

marido del lecho nupcial; ella, antes que le devuelvan el tronco separado de la cabeza, come alimentos groseros y, sumida en amargo llanto, se despedaza a sí misma mientras no le es dado hallar otro esposo que administre prudentemente su casa y con su cordura le mitigue el dolor y ponga fin a su quebranto.

Mientras tanto, mientras vivimos en este desconsuelo por tu muerte, yo te ruego, padre, que socorras a tu Iglesia con tus plegarias, las que no dudo han de ser escuchadas; también Moisés oró por su pueblo. Así, ruega por tu grey para que consiga un pastor semejante a Josué. Es verdad que David había fallecido mucho antes de los tiempos en que vivió Ezequías y, no obstante, su oración ayudó, mucho después, a la ciudad de Jerusalén, en peligro y gran aprieto, asediada por los guerreros de Senaquerib.

En ti conocimos a un sacerdote semejante a Aarón, príncipe de los sacerdotes; en ti, a un sacerdote como Moisés; en ti admiramos la pureza de José, y el celo de Elías, y la santidad de David, y la rectitud y la inocencia de Abrahán; por eso, no sin razón, hemos llegado a pensar que, por un privilegio especial concedido a Jeremías, Dios te escogió para Prelado desde el vientre de tu madre.

Siguiendo las huellas de aquel profeta, tú llevaste el yugo del Señor desde la niñez, pesado o ligero, ya consideren sus trabajos, ya los premios.

Entretanto, pedimos al supremo Remunerador de las obras, quien, viviendo tú entre nosotros, con tus hechos y tus palabras tan alto puso su nombre, que te corone en el coro de los justos por el buen gobierno de tu pontificado.

Por lo demás, aunque no veamos tu alma, te contemplamos en el cuerpo y, como en relicario precioso, percibimos el olor del ungüento oloroso de que rebosa. Pero tú, sin olvidarte de ti, socórrela con tus preces, pide para ella la salud y la incolumidad; alcanza a tu pueblo, que numerosos se congrega para celebrar tu memoria, la dicha de gozar de tu felicidad, de alabar contigo en la patria de los bienaventurados a Aquel que te deseó tenerte en el número de sus elegidos.

II

LA MISTICA SAL DE LAS ALMAS

¿Habr  alguien que no se alegre de que este santo haya conseguido la palma?  Habr  alguien que no nos compadezca de que hayamos perdido al caudillo a ra  de la victoria, al que teníamos como mística sal de nuestras almas?

Mas, porque la hora de la partida está fijada y es inmutable, os ruego que no llore is, os pido que guardáis silencio: el atleta caído gloriosamente en medio de la lucha, lo repito, os da motivo bastante para callaros. Caed de rodillas y rendid gracias al Arbitro supremo de la vida y de la muerte, que se ha llevado al difunto para colocarlo en el seno de los justos.

 Oh bienaventurado! Fuiste compañero de los santos e igual a los varones de más acrisolada y perfecta virtud, modelo de santidad y de justicia y dechado de h eros antiguo.  Acaso no te será lícito, estando con ellos, sentarte en los tronos de los justos?  Acaso no podrás gozar a tu placer, libremente, en el jardín de las delicias, t , que desprecias-te en la edad florida los goces del matrimonio? Uno solo conocía el día de tu entrada en la gloria y todos la hora de tu muerte: sabía tu triunfo el que te preparaba tantos bienes libr ndote de tantos males.

Ya est s exento de la corrupción de la carne, ya est s en posesión del lugar donde gozan eternamente los santos. Loado sea el Señor, que te predestinó para gozar de una dicha sin fin. Esta felicidad contemplaban tus ojos y a esta meta tendían los actos todos de tu vida; el que te mostró el puerto también te hizo entrar en él. Una muerte semejante,  qu en la llorará?, o más bien,  qu en no la considerará como el sumo bien y no te felicitar  por la corona y no dar  gracias al supremo Remunerador de las obras buenas, que se dignó honrarte tanto?

III

LA FE ROBUSTA

El día que solemnizamos es de alegría y consolador sólo para los buenos, para aquellos que, meditando en las verdades eternas, preparan y tienen a mano el viático necesario para tan largo camino y los vestidos decentes para el convite de las bodas.

Por eso, padre, ¿no te llamamos bienaventurado a ti, a quien está reservado el galardón, merecido por los trabajos padecidos, que se te concederá cuando entres en la eternidad, en la inmortalidad y en las mansiones de los justos?

Cuando apenas habías sentido la dulce carga del cuerpo en tus tiernos años, te sujetaste al yugo suave del Señor. ¡Oh mi Dios! Dale la bienaventuranza prometida; manda que este tu siervo, cumplidor exactísimo y piadoso de las vigiliás regulares, que juntó libérrimamente a los ayunos y la oración asidua, entre en posesión de la dicha.

Ciertamente que así será, pues no has de negar un puesto en tu mesa a este obrero: no puede llorar ya quien pasó gimiendo los días y las noches. Porque vivió en la creencia de que llegaría a la posesión del descanso de los bienaventurados, que no se lamenta de verse excluido de ella, defraudado en su esperanza.

Ni un solo instante se borró de sus ojos la imagen bellísima de la gloria, que él contemplaba como espejo de la verdad oculta tras un velo, aunque bien sabía que se habría de descorrer cuando le admitiesen en el coro de los ángeles. Tampoco se olvidó nunca de tu justicia, vengadora inexorable de los pecados, testigo de sus acciones. Por eso, preocupado de sus caídas, imponíase severas penitencias.

A quien no atemorizó tu juicio ruégote que le absuelvas clemente cuando tenga que ser juzgado en tu tribunal. Acostumbraba a abrirte su alma en la oración, derramando copiosas lágrimas en tu presencia. Ignoramos ahora dónde está; pero que se le franqueen las puertas, las puertas de tu gloria. Ayunaba tu siervo dos veces, absteniéndose de comer y apartándose de pecar, de suerte que unía la templanza con la inocencia de vida. Te suplico, Señor, impidas que le separen de las alegrías de tu banquete eterno.

IV

LA CITARA SE HA CALLADO

La muerte ha entrado en nuestra casa y ha cortado y se ha llevado a un miembro de nuestra comunidad. Es preciso moderar algo el dolor y dejar que se desborde la alegría por un bien que excede todo bien. Estamos convencidos de esto: la muerte trasladó a nuestro Obispo a la bienaventuranza, librándole de las miserias de esta vida caduca e introduciéndole en la mansión de la felicidad.

Nuestro fiel Pastor se distinguió y brilló por la caridad, plenitud de la ley; ruégote, Señor, se digne recibir tu Caridad fiel al que con tantas veras la practicó. Pero te suplico también que, por haber domado los ímpetus de su carne con largos ayunos y alimentos groseros, des la fuerza invencible al que se dispone a entrar en la perpetua luz.

Reparador de nuestra salud, ves que ha enmudecido la cítara que tocaba a tus ovejas las palabras del Espíritu Santo; te suplico que la mandes proseguir, acompañando en el convite de tu gloria los acordes interrumpidos; se ha vuelto muda la lira de cuerdas intérprete de tu ley: la muerte le arrebató la voz; doblegado por nuestros ruegos, restitúyela e introdúcela en la mansión en que habitas.

A quien sublimaste tanto para que desempeñase el oficio pastoral en el templo sagrado y administrase tu sangre a las ovejas, a éste ruégote que le dejes ir a disfrutar los goces puros y divinos. Y puesto que él despertó la fe, que languidecía y se amortiguaba en el pueblo, y le apartó del error, pídotte que esa misma fe le defienda y esa misma verdad le proteja en la hora de tu aparición.

Ruégote, Señor, que a aquella boca, que no cesó de entonar himnos al Espíritu Santo y se ejercitó continuamente en ayunos y piadosas oraciones, la hagas participante de tu reino y la juntes al coro de los justos para que cante tus alabanzas. Viviendo con la esperanza de la eternidad, pasó sus días siempre ocupado en aliviar las miserias de los afligidos. ¡Oh Dios, mírale con ojos dulces y llévale al puerto de los santos preparado para él! Esto te pido; escucha nuestras preces, que justo es alabarte en todo tiempo y honrar al Padre y adorar y ensalzar al Espíritu Santo. Amén.

V

EL APOSTOL

Ved al venerable Obispo, encanecido en los trabajos, varón digno de todo respeto por su castidad y pureza, que renunció al oficio pastoral sin que le moviese a ello ninguna pasión. Intachable en su conducta, nadie más severo ni nadie más dulce que él; nadie más humilde en palabras y en deseos: nunca le torció el viento de la vanagloria en el gobierno de la Iglesia, confiada a sus cuidados.

Varón comparable a Moisés, comparable en el poder; él solo conjuró y evitó la ruina del Estado. ¿No fue él quien nos hizo participan-

tes de la fe que recibió del cielo y con el esplendor de sus virtudes ilustró nuestra tierra y cuyos actos fueron los predicadores, las lumbreras que iluminaron a nuestra región?

Prestadme vuestra atención: tengo que deciros cosas grandes de este anciano insigne; no es justo confundir lo sublime con lo trivial y rastrero, lo grande con lo mediocre o despreciable. Del mismo modo que nosotros al ponderar lo malo no hallamos guarismo, así no encuentro yo alabanzas para ensalzar a este varón, que se sublimó y llegó al más alto grado de virtud. Ruégote y suplicote, ¡oh Dios!, que te dignes juntarle a los que un día mandarás sentar a tu diestra.

Se equivoca enteramente quien, hablando de nuestro Obispo, diga que va a referir todos sus hechos y que es capaz de alabarlos como merecen ser ensalzados. Dormido en el sepulcro, mirad qué silencio guarda, y, sin embargo, su silencio es más elocuente que orador alguno, y no es de extrañar, porque los tesoros de sus virtudes no los pueden rastrear sus escudriñadores. Sólo Dios, inspector de todo, contempló las luchas que emprendió y acabó aquel varón: una lucha franca y abierta en la que derrotó al mundo y una lucha oculta y sorda en la que se venció a sí mismo y reprimió los malos instintos de su naturaleza. Pido a quien dio la victoria a este guerrero que me dé su ayuda para hacer un panegírico digno en este momento en que voy tejiendo una corona al vencedor. Mas me parece que no hay que pedir que supla mis fuerzas, cuando nadie, por muy elocuente orador que sea, basta para ensalzar como se merece al conquistador, a quien su misma victoria ya le sublima tanto y a quien la sola gloria del triunfo pregona su grandeza. Las palabras, todo cuanto se diga en su honor, no admiten parangón, ya que raras veces las alabanzas de los historiadores igualan a la realidad de los hechos.

Este santo anciano, igual en todos los actos de su vida, nunca desmintió su recto pensar: lo que se propuso en un principio, lo que pidió en la oración, nunca se apartó de su mente y, fijo en su corazón, ni la muerte misma se lo impidió; al entregar el alma seguía ofreciendo la hostia de su oración.

Orad, pues, también vosotros por mí, porque la oración común de muchos hecha con amor es eficaz para mover al Señor. Pero tú a tu vez, padre, ruega a Aquel que por su benéfica voluntad te concedió la dicha de gozarle que me dé la gracia de cantarte himnos de alabanza y de gloria.

VI

LA CASTIDAD

Padre, ¿cómo no te voy a llamar hoy bienaventurado, puesto que imitando a Elías emulaste su gloria y pasaste en la soledad tu juventud? Una vez más imitador de Moisés, llenaste de honra y adornaste con la mansedumbre tu ancianidad, conservándola enteramente inviolada. Tenemos que dar gracias a Dios de dos cosas: porque guardó nuestro difunto la inocencia en la juventud y porque honró sobremanera sus canas.

Enseñado con el ejemplo de los discípulos del Hijo de Dios, que nada poseían, ambicionaste ser pobrísimo de los bienes terrenos; por eso hallaste tanta gracia con Cristo que El, a su vez, determinó hacerte consorte de su gloria. Imitando la amistad de David con Jonatás, tú aprendiste a abrazar a todos los hombres con perfecta y sincera caridad, acostumbrado a dar a todos, así presentes como ausentes, todas las muestras del amor cristiano. Lo que en Job viste también de bueno, eso mismo te propusiste llevar a la práctica con sumo cuidado: así solías repartir el alimento a los menesterosos y levantar el ánimo de los afligidos. La lujuria no dominó tu cuerpo ni fomentó la más leve falta; tampoco el placer desordenado manchó tu continencia inquebrantable. Por eso se derramó en tu alma el Espíritu Santo y habitó en tus miembros, y el Señor, a quien fielmente servías, puso una corona sobre tu cabeza y te condujo hasta este día en que te trasladó, anciano, del trabajo al descanso.

¿Cómo no voy a llamar dichosa y bienaventurada a tu alma, padre, que se va a entregar desde ahora sin temor alguno a gozar de su Dios, pues ha puesto en fuga a su enemigo cruel, que le hacía la guerra y ha huido cobardemente?

Dios te ha entregado, padre, doble corona.

Ahora bien, en justicia pide la naturaleza que los buenos hijos lloren y den muestras de dolor en el funeral de su padre: si su glorioso tránsito les alegró, les causó alguna tristeza también, pues comprenden que en adelante se verán privados de su trato.

Padre, la palabra humana desconfía de poder alabar tus triunfos: venciste al demonio, rompiste sus lazos desde tu niñez hasta tu vejez; en tu vida pasada no hubo faltas, a pesar de estar sujeto a la debilidad del cuerpo; siempre con el rigor y la continencia, venciste los halagos

de la voluptuosidad, y siendo joven, emulando la hazaña del patriarca José, resististe valientemente a los incentivos de la impetuosa lujuria y vida licenciosa con la fortaleza que Dios te comunicaba interiormente en al refriega.

Pacientísimo en los trabajos, guardaste siempre aquella norma de vida perfecta que te habías trazado sin torcer su curso: observando las vigiliass, los ayunos prolongados y el fervor en la oración. Te esforzaste en vivir con toda pureza y así agradaste a todos y así es tan grande hoy tu gloria: la esperanza y la fe, ¡oh bienaventurado!, fueron tus compañeras inseparables hasta el sepulcro. Dios ha hecho ilustre y glorioso el día de tu tránsito por los triunfos y lauros conseguidos sobre el enemigo cruel: desde ahora, todos los años se celebrará tu memoria como se celebra, y con iguales honras, la de los Obispos que, como tú, fueron dechados de virtud. Dios, a quien serviste, que es justo y poderoso, no te negará la paga íntegra prometida a los obreros alquilados por él para cavar su viña, como lo leemos en el santo Evangelio. Lo prometió y lo cumplirá: sentará en su mesa a cuantos despreciaron el mundo y todo lo caduco y deleznable.

VII

SE HA APAGADO LA LAMPARA

Carísimos, ¿quién será capaz de darme inspiración para componer un canto fúnebre en este entierro dolorosísimo y en tan grande llanto entonar una endecha que arranque los sollozos? Mas, ¿quién tendrá entrañas de hierro que soporte el dolor causado por la muerte de este santísimo varón? ¿Con qué gemidos habrá que dar a conocer estas exequias, toda vez que la magnitud del dolor causó tan grande pena que hizo enmudecer nuestras lenguas? Si sucede que un rey cae en los campamentos o es herido de muerte en la batalla, en el mismo instante se dispersa el ejército y los soldados abandonan las fortalezas; pues, ¿qué seguridad presentará hoy nuestra ciudad cuando acaba de expirar su Obispo? Grande, inmenso luto ha venido sobre aquellos que son capaces de comprenderlo al caer sobre nuestros muros esta calamidad y al desmoronarse la columna que sustentaba todo este edificio. ¡Ay! Se ha apagado la lámpara que por todas partes y en todo tiempo nos mostraba el camino con su luz; ha rodado por el suelo la corona de nuestra cabeza, la corona que adornaba la de los

hermanos; el último día nos ha arrebatado a nuestro médico y ha arruinado la farmacia donde guardaba sus medicamentos.

El rey David, inspirado en lo alto, cantó: *Hermosa es la muerte de los santos en la presencia del Señor*. (Salmo 115, V.) Y si Dios la juzgó digna de singular honor, ¿qué pecador de nosotros (y todos lo somos) negará a la muerte el obsequio de las lágrimas a esa muerte que arrebató al pastor de medio de su rebaño? Cristo: restaura nuestras ruinas y el muro cuarteado reháznosle, te lo ruego; defiende nuestros campamentos, te lo suplico, porque ya ha sucumbido el caudillo de nuestro ejército herido en la refriega: la muerte, cruel como una fiera, ha invadido nuestro rebaño y, saltando a las ovejas, ha arremetido contra el pastor y nos lo ha arrebatado. Lloren las ovejas y lamenten los pastores también con llanto grande la gloria marchita de los pastores, al mejor de los pastores, arrancado de su rebaño. David a Abner, el general de los soldados que luchaban por la salvación de los cuerpos, hizo un funeral luctuosísimo y al rey, que lloraba, seguíanle en él sus familiares y sus esclavos, quienes derramaron copiosas lágrimas; pues, ¿cuánto más acerbamente no debemos llorar nosotros y lanzar más lúgubres suspiros, que salgan de lo íntimo de nuestro pecho, al ver que ha sucumbido el pastor y director de nuestras almas?

Aquel conocido profeta burlador de su compañero (III Reg., XIII, 20-29) le lloró en su lecho, aunque sabía que su muerte era castigo de haber violado un mandato divino; luego, ¿no llorará la muerte de un Obispo quien sabe que cumplió santísimamente su oficio? Aquel profeta tributó los últimos honores a su compañero y colega, le dio sepultura llorándole amargamente difundo y deseó tenerle como protector y modelo. Procure cada cual mirar por su salvación. Fueron los huesos de José defensa de los campamentos. Venerable padre: que el valimiento que aquí tuviste sea también ahora como muro que ciña nuestros campos y los proteja. Los bastiones defiendan nuestras ciudades y nuestras aldeas: que la ayuda de los Obispos santos venga en auxilio de la Iglesia de Cristo.

Pero ahora, cuando ya ha dejado de oírse tu voz, padre, en nuestras asambleas, ruégote que tus bendiciones sean más copiosas; cuando ya no gozan nuestros ojos de tu vista, que no se borre de nuestras mentes tu recuerdo. Nos dejaste, padre, huérfanos; te suplico que sea tu oración nuestra madre y la Trinidad adorada la ayuda que nos salve.

Mientras tanto nos congratulamos de tu gloria y nunca dejaremos de llamarte feliz y bienaventurado, porque habiendo navegado entre escollos, expuesto a naufragar, seguro arribaste al puerto, desde donde contemplas la terrible bravura del mar sin temor de perderte. No dudamos de que tu alma ha sido recibida en el reino de los bienaventurados y, como una margarita preciosa, engastada en la corona de Cristo Rey.

En cuanto de nosotros dependen prometemos no olvidar nunca tu memoria y recordarla en el altar santo, en el que casta y piadosamente ejerciste las funciones de pontífice.

Concedan a tu alma la vida tranquila, la vida exenta de todo cuidado y el fruto que has merecido, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo Dios, a quienes santamente confesaste. Amén.

VIII

¡CONSUELOS!

Hermanos, una novedad refiero: nuestra Iglesia ha cambiado el vestido a la muerte dichosa de su santo padre y enlutada celebra su funeral. ¿Quién es el fuerte, dice quejumbrosa, que nos arrebató el consolador de nuestras almas afligidas o qué viento huracanado y contrario tiró la lámpara y apagó la luz?

Despertadas las iglesias vecinas con estas voces llorosas se reunieron para dar el pésame con palabras amistosas a la que lloraba desolada.

—Hermana, no te angustie la partida de tan buen padre; va acompañado de ayudas: los sufragios de vuestras oraciones.

—Verdaderamente confío en que así como él, vigilante y desvelado, me adornó con su gobierno, pues fue pastor mansísimo y prudente y me amó sin límite, con sus auxilios me ha de alegrar.

—Eres virgen santa, imagen perfecta de tu pastor; no tienes por qué derramar lágrimas en su sepulcro ni por qué turbar a tus hijos: piensa más bien que conviene alabar a quien le escogió. Gozó de gran fama y todos fueron testigos de los actos de su vida integérrima y todos son de parecer que nunca volverás a tener la dicha de disfrutar un prelado tan benemérito. Alégrate, pues, porque ya has empezado a poseer un patrono y con un patrocinio te puedes prometer la seguridad y tu bienestar. Llamamos a Moisés el más grande de los héroes, insigne en

santidad y mansedumbre, y con todo dejó este mundo y gustó la muerte; tu padre no estuvo exento de la pena común, pero no por eso te debes entristecer.

—Afectos contrarios y cuidados tristes cayeron repentinamente sobre mí al contemplar ante mis ojos el cadáver de mi hijo y esposo, y tan tristes que ningún consuelo fue capaz de aliviar mi aflicción.

—Lee los salmos de David, y al empezar se te ofrecerá aquel texto, medicina apropiada para calmar tu dolor: *Preciosa es la muerte de los justos en la presencia del Señor*. (Salmo 115, v,5). Al leer, alaba a quien por singular providencia suya le predestinó para esta gloria.

—Pero mira que mi casa está desierta y dentro veo a mis hijos deshechos en lágrimas. ¿Y quién puede dejar de llorar? La vida dulce se fue: vino la terrible muerte, cayó sobre nosotros, desoló mi morada y me dejó viuda. Dejad acercarme al lecho mortuario de mi esposo antes que saquen el cadáver y le sustraigan a mis miradas.

—No lo permitimos, no; acuérdate del ejemplo de Moisés, y que él te sirva para infundirte aliento y devolverte tu primera paz. Aquel caudillo, a la muerte de Aarón, su hermano, sin derramar una lágrima preparó el ataúd; mira, imítale tú y, en vez de lágrimas, desgrana los salmos delante del Señor.

—La muerte me lo impide, la muerte que me arrebató la gloria de mis hijos y a mí la corona: yo, manchada y convulsa con este golpe, rodé por el suelo; pero tú, Señor, quítame este dolor.

—Confía; Jesucristo, Hijo del Eterno Padre, dará su ayuda en las aflicciones; el coro de los santos intercede por tu salud en presencia del Altísimo; Dios oírà a los que le suplican.

—Todas las iglesias vecinas se conduelen conmigo: mis hijos han quedado huérfanos y yo viuda; que tu clemencia, Señor, me coja bajo su patrocinio.

—¡Ah, desconsolada esposa! Así te habla tu esposo: No llores mi lecho de muerte. Si yo te hubiese dejado sin hijos tendrías ciertamente motivo para sollozar en la hora de mi partida; mas teniendo en casa hijos esclarecidos en probidad y en ciencia no tienes por qué desear quienes te consuelen.

—¡Señor, mi Dios! Ruégote no me abandones en mi viudez. Impide, te suplico, el mal de que mis hijos se dispersen, arrastrados por las querellas intestinas. Suple el puesto del Obispo que nos fue arrebatado, apiadándote de tu pueblo, que no sabe dejar de llorar cuando contempla al clero reunido en el coro y se recuerda de que ha caído su cabeza.

Vendrá algún día, cuando los ejércitos de los espíritus celestiales y los coros de los ángeles harán resonar el trueno; entonces tú, que lloras ahora viuda, iluminada con una luz nueva empezarás la fiesta, que ya no acabará.

Si así es, que marche; que, relegada en su antro, tema la muerte. De la muerte me quejo porque ahora, habiéndoseme quitado el sostén, mis pies vacilan. Espero, Señor, que me devolverás la paz de que disfrutaba mi alma.

IX

¡ANSIAS DEL CIELO!

Ruégoos por Dios, compañeros y hermanos, que os acordéis de mí, ya que nos cupo la suerte de asistir juntos a cantar salmos en el coro en virtud de nuestro sagrado ministerio. Que vuestra oración me ayude, me limpie del polvo de que están manchados mis ojos; que me asista también cuando resucite del sepulcro y me sugiera las palabras para dar la bienvenida al que resucita a los muertos cuando a mí me llame otra vez a la vida.

No dudo: nacerá el sol de justicia de las regiones de los infiernos, es decir, de los abismos, y arrojará a la noche que introdujo la muerte en el mundo y a mí me despertará del sepulcro. Se despertarán sí, se despertarán todos los que la muerte oprimió y, resucitados, darán testimonio de que han recibido la gracia de la Estrella, que con su luz dichosísima alegrará a los que estaban tristes.

¡Oh, cuántos males amenazan al siervo desidioso! Prefirió el *dolce farmiente*, la dulce holganza, al trabajo fructuoso. ¡Ay!, de esto me duelo yo. Cuando venga el día, cuando el pagador de las obras distribuya el jornal según los esfuerzos del trabajo y a cada cual le de su merecido, entonces, Señor, te suplico que oigas mis ruegos, aplacado por aquella tu misericordia que escuchó y tuvo por buenas las preces del ladrón que pendía en la cruz.

Ya lo se: voy a entrar por el camino abierto y trillado a todos los mortales que conduce a la región de los vivos, en la que se paga a los justos según los méritos.

Allí te aguardan, padre, los premios de los justos, distribuidos conforme a los merecimientos. Padre piadoso, suplicantes te pedimos

que cuando luchemos por nuestra salvación, en nuestra hora postrera, nos hagas refugio seguro en las alas de tu oración. Sí padre; creemos que para los justos, a quienes tanto te asemejas, existe un lugar señalado y cierto en el que, en goces perpetuos y completos, pasan la vida felices sin que la turbe ningún mal: allí el alma no está pendiente de lo que sucederá, allí no sopla el viento de la fortuna ni la enfermedad la puede turbar. Allí te pido, Hijo del Rey, que me hagas dichoso con la vista de tu rostro.

¡Miserable de mí! A mí, pasada la vida sin haber hecho buenas obras, a mí no me es dado el poder adquirir alas y tampoco tengo plumas para levantarme en los aires. ¿Qué hacer entre tales angustias? Sin embargo, me urge el momento, ésta es la hora en que tengo que pasar a nado el piélago de los fuegos abrasadores. ¿Quién podrá volar por encima de los remolinos de las llamas? ¿Quién podrá atravesar el inmenso océano?

A ti, padre, te llevarán las alas de las encendidas plegarias, más ligeras que el viento y las plumas de los ángeles, con las cuales tuviste trato frecuente; ellos te llevarán a las riberas del alto cielo, adonde no puede llegar el más leve vapor del torrente de fuego que está en el abismo.

X

EL TESTAMENTO

¡Ay! Se acerca el día postrero de mi vida: mis años vuelan y ya están encima mis sepultureros, cual fornidos cazadores. Cierto estoy de que en breve tengo que marchar y dejar la casa que habito y emigrar a parajes para mí del todo desconocidos. Por eso he determinado escribir el testamento de mi contrición y consignar con pluma y tinta lo que allí me van a decir. Es justo que los herederos contemplen la parte que les cabe en la herencia. Voy a dividir y señalar en derecho lo que a cada uno de ellos les corresponde en los bienes que yo adquirí con mi trabajo y en los dineros que obtuve en los préstamos, pues me temo que venga de improviso el que me prestó y, como cobrador sin entrañas, me pida cuentas de los talentos entregados. No se me oculta que no debo cesar, sino, con diligencia y mucha actividad, seguir negociando y procurando la salvación de las almas, pues éste es el negocio encomendado a mis cuidados.

Está ya encima la estación del verano; yo soy una caña: tengo que ir a la era por necesidad; se acercan los días de la vendimia; cual racimo olvidado, acaso por descuido del vendimiador, me quedé aquí, pero me recogerán sin remedio. Por eso ruego a mis amigos y conocidos que recen por mí con el mismo afecto siquiera con que yo les pido y encarezco que lo hagan.

Temo mucho que allí me van a demostrar que soy joyo o cizaña, yo que aquí me llamo trigo, o que me van a reprender de que soy racimo agraz, yo que bebía la lluvia celestial entre las uvas escogidas. Me temo que lleve allá la lámpara apagada y tenga que buscar aceite para mi candil o que, vestido con un traje sucio, me obliguen a ponerme, contra mi voluntad, frente a los coros fulgentísimos con luz divina.

Ahora mismo voy a salir de la casita que me dieron temporalmente para ir a donde no hay esperanza de volver; yo desespero de tornar aquí: ya no os veré más, carísimos; ya no veré más vuestros rostros ni os hablaré más. ¡Qué verdades dijo el santo Job cuando, sentado en el estercolero, se quejó así: “*Quien descendiera a la tumba, ya no subirá ni volverá más a su casa, y su morada no le reconocerá otra vez, y hasta que el cielo y la tierra se consuman, no resucitará.*” (Job, VII, 9-10). Entonces, despertados los que dormían dejarán sus lechos, los sepulcros en que estuvieron yacentes sus cuerpos en la región de los que callan.

El comerciante al abandonar el suelo patrio espera volver en breve, y el labrador, después de sembrar, aguarda la recolección de las mieses; yo en cambio, hermanos, estoy cierto de que mi alma no volverá a revestir su cuerpo ni a hermosearse con los miembros antes del día postrero que se dará a todos los muertos.

Mas, cierto, no siento el morir, no me avergüenza el tener que pasar por la muerte, que me libra de mis propios defectos. No deja de ser muy útil al pecador que muera joven, pues a quien descuida una vida larga sin aprovecharse de ella se prepara un fin muy triste. ¡Ay, qué lamentos arrancará al moribundo la muerte repentina, que separa a los hermanos de los hermanos, a los amigos de los amigos, a los padres de sus hijos, a los pastores de sus ovejas y a los maestros de sus discípulos! Siempre he reverenciado yo a los maestros y a los padres y siempre les tuve mucho amor; ahora os suplico y pido que os acordéis de mí cuando se administra la sagrada comunión, pues, aunque fui el peor de los mortales, he conservado inviolada la fe ortodoxa

que recibí. No he sembrado la cizaña en su campo, no he echado ninguna mancha en el Evangelio de Cristo Rey, ni he dudado antes de la Trinidad, ni he tenido pensamientos alguno contrario a este artículo de Dios trino, que me crió y adornó con su gracia. En ningún momento examiné con perversa intención al Padre, ni pensé mal en mi corazón del Hijo, ni me vino en mientes dudar del Espíritu Santo; estos tres nombres, a saber, el del Padre, el del Hijo y el del Espíritu les conservé siempre en mi mente y a los tres les comprendí por igual en mi culto de adoración. Pues bien: porque el ciego ponga faltas al sol, ¿le envilece? Y el necio escudriñador de la Majestad, ¿rebaja el valor y estima de su naturaleza excelentísima y perfectísima? Conténgase el ciego en su ceguera y entienda que en su mentor la falta de sus ojos y bástele al orgulloso escrutador su confusión, pues tiene que confesar que ha injuriado la grandeza de su Hacedor.

He dicho. No me queda sino rogaros y pidiros que me alcancéis de Dios el perdón y la paz me lo hagáis propicio en el juicio inminente que me espera. Le suplico yo por mi parte que atienda mis votos y a los de cuantos concurren a mi funeral o hagan alguna obra de honor por mí en calidad de ser sacerdote y los lleve a la felicidad de los santos. Asimismo os pido, amigos, todos los que venís a esta iglesia, y os lo ruego con lágrimas en los ojos, por Dios, que ahora me manda dejaros, que cuando vengáis a rezar las preces acostumbradas hagáis de mí, pidáis al Señor que se apiade de su siervo en el día del juicio y me perdone en su clemencia todos los pecados que he cometido.

Mira hermano: cuanto te llegue la hora entra por el camino trillado que llevan todos los mortales y no te aflijas de que la muerte te separe de nuestra compañía; te prepara tu Señor otra morada mucho mejor en la luz y en la región de los justos. Tus padres y parientes ya difuntos te esperan para juntarte con ellos, para colocarte en sus escaños. Por lo demás, aunque tu boca ya no cante en las funciones del sagrado ministerio no estará callada en el coro de los espíritus bienaventurados, y aunque se nos prive de las melodías tan suaves con que tú solías endulzar nuestras fiestas, en el cielo, unido a aquellos espirituales moradores, tu sinfonía será infinitamente más grata y más dulce. Aunque el Señor te haya separado de nosotros, ni tus pies vuelvan a pisar la casa en que viviste, la morada celestial, llena de todos los bienes, pisarán eternamente.

Hemos dicho que tu muerte nos produce la tristeza y nos llena también de gozo; de tristeza, porque nos dejas, y de gozo, porque eres

trasladado a las lúcidas mansiones de los justos. No puede ser de otro modo: tanto te echamos de menos y tanto nos dolemos de perderte y tanto nos alegra el pensamiento de que te contamos ya en el número de los santos. Mientras pedimos al Señor, dueño de todos, que te de bienaventuranza, síntesis de los bienes completos, y no nos deje sin tu ayuda, que a ti te lleve a la gloria y nos conserve a nosotros firmes en la fe y en su santa Iglesia. Se lo pedimos a ese Dios a quien deben todo honor y gloria los vivos y los muertos. Justo es también que todas las inteligencias piensen en Ti, Señor, y los hombres de todas las edades entonen a Ti alabanzas.

XI

EL TRIUNFO DE LA VIRTUD

Puerto es la muerte para los finados que cayeron trabajando y lugar también de descanso, donde contemplan seguros los peligros que corrieron de perder los bienes adquiridos, pues, sabiendo que los vivos tienen guerra declarada con el diablo, ellos consideran a la muerte como fin de la lucha y de todos los trabajos.

Ahora bien; la vida de aquellos que la pasaron estudiando las divinas Escrituras, velando, ayunando y orando, es muy recomendable: para esos la muerte resulta dulcísima, un sueño suave. El mandato que han recibido de dejar el cuerpo no les atemoriza, pues se prometen la recompensa ofrecida a las buenas obras.

Padre, *tu muerte preciosa es ante el Señor*, y la salida de tu cuerpo gratísima al cielo, y alegres tu vista y conversación a las jerarquías de los espíritus bienaventurados.

Mira lo que es la muerte para tu naturaleza corruptible: un puente, un río y un camino escabroso, que infectados están de males y sujetos a tentaciones. La muerte que te separó de nuestro consorcio nos produjo un grande luto y dolor acerbísimo, y a los amigos y parientes, porque se verán ya separados de ti y huérfanos y no te podrán hablar.

¡Ay! ¿A dónde torció su curso esa rica vena de oro? ¿Dónde se ocultó aquel pozo de ciencia? ¿Quién obstruyó aquella boca, aquella corriente de agua? Se volvió muda tu dulce cítara: la muerte dura interrumpió el canto y al cantor le transportó a la tierra de los que

callan, y arrebatado el músico, quedó abandonada la lira para que sirviese de nido a las arañas. El calor mortífero del estío ha secado el regato. La muerte inexorable ha apagado la luz de este candil. Vino como ladrón y se llevó el aceite.

Los cazadores, padre, que vienen por ti han acelerado el paso y aceleraron también el día de tu partida y te arrebataron la vida y te colocaron entre los muertos. ¡Ay! Tú eres un castillo rico y bien pertrechado, obra insigne de la divina bondad. ¿Quién destruyó tus muros? ¿Quién rompió tus puertas? ¿Quién devastó el campo fértil y taló el jardín amenísimo? ¿Quién robó la nave que hendía las furiosas olas del mar, arrastrando en su seno los tesoros ingentes de la gracia y de la sabiduría y estrelló contra las arenas la bellísima máquina? ¡Oh! ¡Al llamar la muerte, las olas, recaudadoras inhumanos, alborotaron el puerto fortificado y la bahía segura para los marineros que zozobran! La guirnalda artística y hermoseada con tanta variedad de flores no resistió la acometida de la muerte: fue sacudida, desbaratada, se marchitó y perdió toda su belleza. ¡Oh dolor! ¿Qué nos ha sucedido a nosotros, miserables? ¿Qué mortal ha secado el río, ha torcido el álveo de tu vida? ¿Quién ha sido el ladrón que se llevó el talento ganado con tanto trabajo? Arbol hermosísimo, ¿quién agitó tus ramas y nos llevó los frutos? Tesoro incomparable de sabiduría, biblioteca de las leyes divinas, ¿quién nos arrebató los ríos de erudición que nos fecundaban?

Fuiste la clave de bóveda y el ornato de nuestra Iglesia, la trompeta de los profetas, la voz de los apóstoles, el oráculo de ambos Testamentos, el intérprete de la doctrina divina inspirada, el pregonero enviado para anunciarnos la resurrección de nuestros cuerpos, el labrador feliz de nuestro campo, el guarda solícito de la viña y el mayordomo de nuestras rentas.

¡Ay! Los campos que tú cultivastes se lamentan de tu muerte y de tu ausencia. Varón bueno, escogido en el Evangelio, que habías nacido como una nueva estrella de la mañana para iluminar a los moradores de nuestra tierra, ¿quién ha sido el que apagó tu luz y te arrebató la victoria en los combates? ¡Viva, viva nuestro experto capitán! Constante e inmóvil contra las olas hinchadas de la idolatría, conservaste nuestros tesoros y rico patrimonio. Luchan ahora porfiadamente los cielos y el sepulcro emulando por ver quién te tributará mayores honores, y ambos, cada cual a su modo, te llevan ya en triunfo batiendo palmas.

XII

MODELO DE DIACONOS

Habéis visto que ha sido amputado un miembro de nuestro cuerpo y le han sacado de esta casa, sucia y desordenada, al lugar tranquilo de la luz eterna. Deber nuestro es rogar a Dios que se muestre blando y misericordioso con quien a su mandato abandonó el mundo.

Varón modesto, vivió morigerado, practicó la virtud y fue apacible; pacato y comprensivo con sus hermanos, a nadie quiso mal. Siéntale, Señor, te lo ruego, en tu cena para que sea feliz. Los ojos de quien veló a tus puertas y pasó las noches insomnes y derramó en la oración copiosas lágrimas pidiendo que le perdonases las manchas de su vida pasada, a esos ojos, te ruego, no les apartes ya nunca de tu presencia; a quien mandaste que sirviese en tu templo en los sagrados ministerios y administrase a tu grey tu Cuerpo y tu Sangre, llámale a comer en la mesa común con tus corderos.

¿Va a excluir tu caridad de la compañía de tus caros amigos al que se mostró benigno, accesible y tierno con sus hermanos? ¿Vas a negar el que oiga la trompeta de la resurrección gloriosa al que tuvo sus deleites sólo en estudiar los mandamientos de tu divina ley y en oír predicar de Ti? ¿Vas a alejar de la unión y amistad de tus santos al que fue admirador perpetuo de las riquezas de tu sabiduría, a quien el Espíritu Santo enseñó tu ley y a guardar la pureza del alma y cuerpo, o mejor diré, al que despreció los placeres y aborreció la ociosidad, vas a decretar Tú que sea echado de la cena y que no goce de tu luz en compañía de los justos, tus amados?

XIII

¡AÑORANDOLE!

Hermano: ¡Qué amarga ha sido tu muerte! ¡Qué triste noticia para nuestros oídos! ¡Qué espectáculo tan lamentable para nuestros ojos!... El pueblo fiel, la comunidad llora tu tránsito, y viniendo a tu funeral, no saben consolarse y dicen: “¡Oh celestial comerciante, que mientras vivió, apartando su mente de las cosas caducas, buscó las verdaderas riquezas y salió de este mundo nadando en la opulencia para ir a habitar en la región de los bienaventurados, que no mueren!”.

A ti no te sorprendió la muerte cruel, como a otros, desprevenido; no mostraste repugnancia ni oposición: Aquel que domina en los cielos y en los infiernos, que ató a la muerte vencedora de los hombres, ordenó que dejases nuestra comunidad proponiéndote a El como espejo en el cual, al mirarte, corrigieses sus vicios, se animase a practicar la justicia y a buscar la verdadera hermosura del alma.

La muerte repentina apagó la luz, llevándote Dios de nuestra compañía. Por lo que a ti respecta nos alegramos, pues ¿acaso nos daremos por ofendidos de que seas feliz allá los que sabemos bien que tu tránsito te colocó en un estado mejor? Al sentir tu muerte lamentamos más bien nuestros daños porque senos ha ido el solícito procurador, siempre dispuesto a socorrernos en las miserias y calamidades.

¿Cómo no te llamaremos dichoso, que venciste al enemigo con vigiliias y ayunos y fervorosas plegarias y conquistaste la corona para sentarte después en las sillas del cielo luciendo en tu pecho los trofeos ganados? Verdad decimos y cosas ciertas contamos al llamarte varón santísimo y al compararte a los de más perfección y acrisolada virtud, pues tú entre los iguales, por la integridad de costumbres, brillaste como astro resplandeciente, y más que ninguno, trabajaste denodadamente por Cristo. Integérrimo entre los ascetas de más probada santidad, no es exageración el decir que en ti estuvieron resumidas las virtudes de muchos santos: en ti la constancia de Samuel, en ti el desprecio de las cosas caducas de Elías, en ti el celo de Matafías, en ti la castidad de José y en ti la mansedumbre del mansísimo Moisés.

Has copiado en tu cuerpo las virtudes de los profetas y de los apóstoles, conocidas en todas partes, y tan al natural has representado su imagen que los que miran les parece verlos retratados en ti; tan a maravilla has copiado tú sus costumbres, su modestia, su austeridad y su compasión hacia los desgraciados; con tanta asiduidad mortificaste tu cuerpo, que de esta mortificación te provenía aquel tu fervor en la oración de que antes hablaba yo, y de aquí procedía el que con la fama de tus virtudes aprendiesen los ausentes y los presentes se inflamasen con tus ejemplos. Y porque aquí y más lejos has sido el dechado de virtud, tu esfuerzo conseguía frutos celestiales, animando a otros a cosechar tesoros semejantes. La fama y conocimiento de tus virtudes era ayuda para los que moraban lejos de aquí, y tu observancia, para los testigos de tu vida; tus consejos, para los principiantes; tus preceptos y enseñanzas, para los perfectos. Tú sostenías a los flacos en la virtud y levantabas a los caídos y a los indolentes les

dabas saludables penitencias; a los ojos del mundo entero fuiste ejemplo de todas las virtudes con el fin de que quienes te vieses se avergonzasen de no imitarte; alababas a tus seguidores y confundías la tibieza de los negligentes. ¿Qué de extraño, pues tú, adocctrinado con el ejemplo de San Pablo, querías que todos se te parecieran? Y como el apóstol se hacía todo para todos, tú eras grande con los grandes, y con los pequeños, pequeño; te bajaste hasta ellos para que subiesen hasta ti y en sí copiasen ellos tus virtudes. Y aunque las lágrimas no se secaban en tus ojos, sabías también reír modestamente en el trato con los demás y tu palabra dulce templaba aquel rigor y tristeza santa que mencioné antes. Así de tu doble tesoro distribuías riqueza a dos clases de personas.

He dicho que nos has sido dado como espejo y norma santa y lo repito: en ti se miraba cada cual y se acusaba a sí mismo viéndose desigual a ti. Los desidiosos entraron en sí, y admirando tus obras, se corrigieron su flojedad; los irresolutos salieron de su apatía; a los desalentados dio energías tu fervor, para correr a la perfección, y a los esforzados comunicó nuevos aceros tu adelantamiento en las virtudes. Imitaron muchos tu abstinencia y así has conseguido una gloria especial; no te ruborizó el aparecer inocente ante el mundo y delante de todos aprobaste la pureza y la continencia. Aquellos dos mandamientos *Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo* los guardaste como regla de la nueva Ley: los dos cumpliste con igual fervor de caridad y a los dos diste en justicia, íntegra y sobreabundantemente, lo que te exigían. Oías los ejemplos de las vidas de los santos, dispuesto a poner por obra lo que aconsejaban, y comenzabas a practicarlos con ánimo de no dejarlos hasta salir con la empresa. Viven todavía en nuestra memoria y son conocidos por doquier los ejemplos de tu caridad y de tu devoción, saludables no sólo a los que se acercaban a ti y participaban de tus liberalidades, sino también a los que los presenciaban. Se dice que la oración es para el alma un carro que no perciben los sentidos, un carro que recorre el espacio entre el cielo y la tierra. Padre: tú subías a esta cuadriga en secreto, como Elías subió a vista de todos; en ella eras llevado a contemplar a Dios, que no pueden ver los ojos de carne. Deja, padre, escrito el testamento a tus hijos para que en él aprendamos a evitar las asechanzas que nos tiene preparadas el enemigo y los escollos que se nos presenten.

Con la oración asidua y las vigilas prolongadas maceraste tu cuerpo sin darle el solaz de los baños ni los ungüentos, pues habías hecho

voto de limpiar las manchas del alma, si alguna se había pegado, con el descuido y mortificación de tu carne.

Tus ojos, vigilantes, custodiaron las riquezas, y tu mente, siempre atenta a Dios, los tesoros de la gracia; mientras otros languidecían en la ociosidad o dormían profundamente, tú no descansabas un momento. Amabas el sufrimiento y la austeridad, y las nieves no fueron motivo para sumirte en la inacción ni tampoco los ardores del calor para que fueses remiso en cultivar las semillas que tu ayuno había sembrado en el campo: tú las regabas con lágrimas. Nunca te dominó la ociosidad, padre; nunca dejaste de negociar. ¡Ay! ¿Quién ha derrochado tus tesoros? ¿Quién ha dejado pasar la ocasión de lucrarse con ellos? Más qué digo, si para todos fue tu trato amabilísimo, si todos han sentido acerbamente tu muerte.

Con el ayuno y las vigilas sacudiste de continuo el sueño de tus ojos, imitando así en cierto modo a los ángeles, viviendo en la casa de los que duermen; el Angel te resucitará de entre los que duermen.

Con humildad orabas postrado pidiendo a Dios que se dignase recibir tus sacrificios, que hiciese de ti una hostia y te recibiese como víctima. Ayunaste, conservaste puro el corazón, te mortificaste para tener a raya tu lengua y dominar tus pensamientos; te abstuviste de las comidas y salsas que tanto aprecian los gastrónomos; reprendiste la demasiada preocupación de los inmortificados y te encaraste con los maldicientes y murmuradores porque comían opíparamente y con sus palabras ajaban las vidas de sus prójimos; absteniéndote del vino y de todo deleite de los sentidos pusiste un freno a la lengua, como quien deseaba mantener la paz y tranquilidad en casa: tus labios se emplearon en cantar himnos, los himnos inspirados por el Espíritu Santo.

Ahora bien: cuantos conocen tus triunfos, ¿cómo no van a llorar tu muerte? Los que alaban tus obras, ¿cómo se van a dar por ofendidos de los lauros que has recibido? Que exteriore su duelo nuestra comunidad, vistiendo de luto para demostrar su dolor, al verse privada repentinamente de tu trato y tu palabra. Aunque nosotros, tus discípulos e hijos espirituales, dudamos si llorar o alegrarnos de tu tránsito, pues ni tu separación nos entristece, tus triunfos nos llenan de gozo. Es cierto que al reunirnos en los actos conventuales te añoramos y no podemos contener las lágrimas y los sollozos, pero pensando después en tu muerte dichosa y tu triunfo sin igual renace en nosotros la alegría.

¿Quién te arrebató, sacerdote santísimo, a las alabanzas de la Igle-

sia santa? ¿Quién, venerable padre, te separó de nosotros? ¿Quién sopló en esta lámpara y apagó la luz que alumbraba nuestros ojos? ¿Quién cegó esta fuente pura de la disciplina de la Iglesia, que solía regar las mieses verdes de los corazones fríos y las hacía crecer? ¿Quién robó esta corona y dejó vacío el lugar que tú ocupabas?

Mas, lo sé, nunca te dolerás de haber dejado, padre, este mundo, del que te trasladó el Señor a la mansión de los justos. Te llamo bienaventurado, porque admitido en la compañía de los santos te gozas con ellos de la eterna felicidad. Réstanos dar las gracias más rendidas al que te eximió de la milicia de esta vida y te dio el poder gozar de la paz y del descanso perdurable.

Ruega y pide por nosotros, padre, para que también se nos conceda el verte en la casa sempiterna; para que, habiendo alcanzado el reino celestial, alabemos por una eternidad a tu Señor, a quien en justicia le deben tributo de alabanzas los vivos y los muertos por los siglos de los siglos. Amén.

XIV

EL SACERDOTE SANTO

A aquel cuyos labios cantaron los Salmos del Espíritu Santo, Señor, perdónale los pecados y concédele, te lo pedimos. Que en el lugar donde los justos gozan de la eternidad Cante él aquel himno:

“Al Altísimo y óptimo Dios, que se apiadó de mí,
Sean el honor y la gloria.”

El que llevó desde su juventud tu yugo suave.

A éste, librándole, Señor, de sus culpas,

Manda que disfrute de aquella tan deseada seguridad.

Célibe, se abstuvo en esta vida de las bodas,

Pues aspiró a lo que Tú has preparado a los perfectos;

Inscríbele en el número de los buenos.

Y porque trabajó para acordar a los que discrepaban

Y se abrazasen en la caridad mutua.

Tendiendo hacia el bien, depuestos sus odios,

Concédele la entrada en el huerto del deleite verdadero.

Además, porque obedeció a tus mandamientos,

Fue solícito en servir a sus hermanos y ejecutar sus deseos,

Porque siempre ocupó el lugar ínfimo.
Tú, Señor, dignate levantarle en tu convite.
Y porque te alabó delante de los hombres,
Según lo tienes prometido,
Confiésale y alámbale delante de tu Padre.
Rogámoste, Señor, tengas misericordia de este hombre afligido;

Que te goce y le perdones sus pecados.
Tú que sólo eres bueno,
Tú que sólo eres quien perdona los delitos,
Compadecido de él, absuévele reo confeso.
Probado con enfermedades continuas en su vejez;
Colócale en el jardín de las delicias, Señor;
Devuélvele, ya viejo, a la juventud,
Que rejuvenecerá, sí, al entrar en tu casa,
Pues quien, achacoso y enfermizo,
Nunca dejó de mirar por tu Iglesia,
Justo es que, asociado a los bienaventurados
Y disfrutando de la abundantísima unión de todos los bienes,
Cante tus alabanzas con voz sonora.

XV

TIERNA DESPEDIDA

—Hermanos, hijos de la Iglesia, id a pedir al Señor para que mi negocio resulte bien y no me excluya de la compañía de los moradores del cielo.

—Buen hermano, abstinente, hombre de oración: esperamos verte en la Jerusalén celestial cuando vayamos allá y darte en ella el paraíso.

—Aplacad al que me separó de vosotros y me mandó quedar en el sepulcro hasta el día de la resurrección general de los muertos. Os ruego que no os olvidéis de mí en vuestro sagrado ministerio y en las preces que hacéis como ministros del Señor.

—Lejos de ti el pensamiento de que te echemos en olvido, hermano; nosotros estamos firmemente persuadidos de que en aquel día en que se separará a los malos de los buenos te volveremos a ver y nos alegrará la vista.

—A mí la muerte me ha separado de vosotros; mi cítara ha cesado de cantar las divinas alabanzas: me lo impide la muerte.

—Jesús, único objeto de tus amores en la vida, te recibirá en sus palacios; en ellos nadie tendrá prohibición de ensalzar su munificencia con los ángeles en el cielo.

—Sin embargo, en aquella tierra, adonde voy ahora, me tengo que presentar a un Juez justísimo. A vuestra oraciones me encomiendo para que ellas le muevan a compasión y le ablanden; espero que, irritado contra mí, así mudará la sentencia.

—Porque abandonaste la casa paterna y lleno de amor a Jesucristo nunca te separaste de El, su amor te hará feliz en aquella tierra hacia la cual caminas.

—Pero hoy voy a morir y voy a terminar mis días.

—Pues bien: hoy mismo, buen hermano, hoy mismo te pondrá El la corona: ese Jesús a quien amaste, ese Jesús te introducirá en sus palacios.

—Así lo espero. Mas, ¡qué amargo es el trago, hermanos, que tengo que beber, pues ignoro quién será el que me reciba!

—Para los impíos y los malos está preparado el castigo aquel día; para ti, al contrario, está reservado el gran premio, pues has recibido su cuerpo.

—Vacila mi alma, asustada con las preguntas severas que oírás; sé que Dios castigará con fuego.

—Confías; los justos, cuyos actos tú has imitado en tus costumbres puras, tomarán a su cargo en el juicio tu defensa.

—Me llenan de vergüenza y confusión mis pecados; te ruego que perdones a este reo confeso y me prives en el día de tu venida de ver la hermosísima luz de tu rostro y del sol que no conoce ocaso.

—El Esposo, que fue toda tu preocupación, te abrirá sus moradas reales y conseguirás los goces del huerto de las delicias, preparado para sus amados...

—...Orad por mí, hermanos y amigos; juntad vuestras súplicas a las mías; alcanzadme un viaje feliz y un benévolo acogedor.

—Abre, Señor misericordioso y clemente, las puertas de tu reino a nuestro hermano, quien no pasó un solo día sin ayunar y darse a la oración.

—Esto mismo pido, hermanos, y espero que vuestras oraciones me introduzcan en el lugar adonde voy y como aves me lleven bajo sus alas, volando por los aires, a la mansión de la vida.

—La Cruz del Hijo de tu Señor, por la cual fue redimido el mundo, te abrirá la entrada en los palacios bienaventurados, en donde, después que haya abandonado el cuerpo, el alma vive allí con vida pujante.

—Por mi parte también yo pido al Señor que a vosotros, que habéis cantado himnos en mi muerte, os junte al coro de los ángeles.

—Acoge, clementísimo Señor Dios, a tu siervo, que llega a ti implorando misericordia; inscríbele como ciudadano de la celestial Jerusalén, porque creyó en Ti.

—Pero urgen la partida; adiós, hermanos: se acerca mi Señor enviándome el mensajero; acompáñenme vuestras oraciones.

—La benignidad del Juez clementísimo, que se compadeció del ladrón, te prestará, hermano, su ayuda y compañía para que llegues al lugar de destino.

—A Ti, Señor, sean la gloria y el honor.

—Porque con los vivos te muestras accesible y compasivo.

—Y porque a los difuntos les darás un día la vida perdida.

—Confía, hermano, que Cristo escribirá tu nombre en el cielo en el libro de la vida, porque le has amado ardientemente y fielmente has guardado sus mandamientos.

—Pensad, hermanos, en qué angustias nos pondrán nuestros actos en el día postrero, que el Hijo del Rey ha fijado para su venida.

XVI

MODELO DE SACERDOTES

Padre, atleta de la verdad, ¿conque nos abandonas? ¿Te empeñas en dejar este mundo y a nosotros huérfanos? Moisés, al dar el postrer adiós a su pueblo, fue figura tuya, padre santo, en el momento de tu muerte. Mas él, al partir, designó un capitán para ministro de su nación imponiendo la mano sobre su cabeza y dando con este hecho a los hebreos una profecía de su entrada en la tierra de promisión y a nosotros una figura del camino que conduce a la salvación. Cumplido su oficio, Moisés se durmió al instante.

¡Ay, padre; tú nos dejas en el ostracismo, sin arrimo, en tierra extraña! ¿Quién nos dará ya un caudillo que nos guíe a la Patria do vamos caminando?

Le dará, en efecto, el que te dio a ti como hermano y como Obispo (sacerdote) a los hermanos, comparable a José, a quien el Padre le puso al frente –hijo semejante a sí– de sus hermanos mientras vivieron desterrados en Egipto. Así el Padre soberano te adoptó a ti –semejante a El– y te puso como gobernante de nuestro pueblo para que todos, unidos en mutua caridad, no nos mostrásemos indignos de los bienes que para nosotros pedías. Por cierto que en tus costumbres brilló la imagen bellísima del Dios adoptante, del Dios que vio el patriarca Jacob, del Dios, único objeto de tus amores, por quien dejaste a los parientes para recibir en premio la vida perdurable.

El sacerdocio de Aarón tuvo su fin y límite; Aarón tenía sus ayudas en su ministerio: con él administraba todo lo concerniente al culto pobre de la antigua alianza, pobre porque carecía de sacramentos. En ella estaba determinado además que los hijos sucediesen a los padres en el desempeño de las funciones una vez fallecidos. Tal sucedió a la muerte de Aarón, que asumió el sacerdocio supremo su hijo Eleazar. A Eleazar fijó normas y señaló todos los emolumentos Josué, el caudillo elegido a la muerte de Moisés.

Del mismo, padre, también a tu sacerdocio se han fijado límites y hora de dejarle. Te ha llegado la hora.

Suplicámoste, pues, y una y más veces te rogamos que, por el luto en que nos deja sumidos tu muerte, traspases a tu pueblo tu poder y virtudes, del mismo modo que Elías hizo transmisión de los suyos a Eliseo, para que poseamos impresa la imagen de tu magisterio en nosotros, discípulos de tu vida ejemplar, para que tengamos la imagen que nos sirva de alivio poderoso en nuestro dolor y no nos veamos privados enteramente y para siempre de tu presencia. Padre riquísimo, que a tantos pobres enriqueciste: esperamos que no nos cerrarás tu munificentísima mano.

Pero mira, contigo baja al sepulcro el que dividió el mar cuando Moisés le pidió un camino; El te encenderá la luz en las tinieblas, la columna capitana de los israelitas, pues en tus miembros se guarda ahora el Cuerpo que resucita a los muertos y está mezclado con la sangre de tu espíritu el Cáliz saludable; no te abandonarán en el peligro: te preparan una corona en la región de los justos. Los servicios o favores debemos pagarlos con servicios y favores; a ti, difunto, te debemos agradecimiento porque has explicado varios libros de la Divina Escritura. Por lo demás, justo y equitativo es que te ofrezcamos, como labrador del campo, los frutos cosechados entre un pueblo

(inmundo) idólatra. Padre, te aguarda la turba de los justos; entre ellos se conservan atrojados los frutos cosechados en los campos; allí se te mostrarán tus riquezas.

Vete, padre, a la ciudad pacífica, pues en la que moras tiene ciudadanos siempre en guerra; aquí está la paz desterrada. Cuando la muerte te haya llevado al sepulcro, tu Salvador te librará de toda preocupación; pero mientras se te prepara un nuevo domicilio, como viajero cansado de un camino largo, busca un mesón en el trayecto y figúrate que lo es el sepulcro, en el que descansarás un poquito hasta que, viniendo el día deseado, obtengas el reino que se te ha prevenido. Entretanto, no te dé vergüenza oírte alabar, pues los que alguna vez consultaron contigo, hombre al parecer sencillo y sin instrucción, si fueron doctos pensaron que su propia ciencia era casi ignorancia, y si ignorantes, dejaron de ser tales. Fueron tu palabra y tu trato regla y norma de conducta para todos; tu porte grave y lleno de dignidad, freno para la ligereza y látigo par la petulancia. Los que te conocieron corrigieron sus vidas, pues comprendieron que la tuya era immaculada.

Bien conoció el Señor lo preparado que estaba tu corazón, tu sinceridad y pureza y el amor nunca entibiado que le profesaste y que estimaste su gracia más que ninguna otra cosa criada. El no reprendió tu conducta, como reprocha el obrar de los mundanos, porque no ignoraba cómo te habías portado hasta aquí. Animo, sapientísimo negociante, que, bogando con otros que naufragaron, tú hiciste negocios muy ventajosos y lucrativos y de este miserable y luctuoso siglo sacaste con que cargar una nave de ricas mercaderías. Pues bien: ahora, cuando ya has entrado en el puerto, capitán venturoso, has dejado toda preocupación.

Padre” extendiste tu mano al pecador caído, asegurando que también tú podías caer en la misma sima; le diste un ejemplo con que, animado, se levantase de su caída y no se avergonzase de confesar su culpa. Con estas y semejantes artes lucraste para Cristo a tus hermanos y con hechos demostraste ser verdad aquel dicho del Espíritu Santo, que habló por boca de Jeremías: *Quien separe lo precioso de lo vil será como la boca de Dios*. (Jerem., XV, 19.) Por eso, cuantos se acerquen a tu sepulcro no usarán mal aquella fórmula, ya de costumbre, “Ayúdenos tu oración”, pues cantaba el Espíritu Santo también por David: *“Preciosa es la muerte de los santos en presencia del Señor”*.

Por lo demás, aunque tu llegada y presencia en el cielo haya llenado de gozo a los santos, a nosotros es cierto que el deseo de poseerte desde que marchaste nos es un gran tormento. Sabemos, sin embargo, que estás con el Señor y nos gozamos en tu gozo; no dejes entretando de pedir por nuestra salvación e incolumidad allá en el sitio que tus discípulos no pueden olvidar. Tu recuerdo se ha grabado muy profundamente en nuestros corazones y el olvido nunca vendrá a borrarlo. Allí pide por nosotros para que, conservando la caridad mutua entre los de casa, con los hechos demos ejemplo a los de fuera de lo bueno que tú nos enseñaste; y los discípulos imiten al modelo, quien primero hizo y después enseñó.

XVII

EL POLVO DE ADAN

—Me urgen la partida; mas, llamado por mi Señor, no la temo: espero recibir la corona prometida de la gloria y así nada me faltará.

—Creemos que los ángeles, que te separan de nuestra compañía, te llevarán a las mansiones de los justos para que hagas al Criador la ofrenda grata a sus ojos. Por eso te felicitamos de la salida de este destierro. No creas que dejaremos de rogar por ti. Pedímoste, Señor, que des a tu siervo la plenitud de bienes y la paz a su alma en el cielo con aquella seguridad que tanto deseó y pidió.

—Sonará la trompeta, se dejará oír la voz y, como a toque de clarín, todos los hombres volverán a reunirse a sus cuerpos, aunque sólo los justos saldrán al encuentro del Señor, llevados en las plumas de las nubes, y siguiendo su bandera irán a gozar de la vida bienaventurada con alegrías perpetuas y plenas.

—¿Cómo no llamarte feliz a ti que te está reservada en el cielo una corona tejida de flores que nunca se marchitarán? Mira, entiende bien que esta gracia se la debes a aquella voz de vida que, resonando en los abismos del sepulcro, atemorizó a los cadáveres y les levantó de sus tumbas.

—Señor, concédeme también aquel día en que tu trompeta llame a juicio a los que callan y atruene sus oídos la gracia de cantar himnos gratos a tu Majestad divina.

¡Era, padre, una flor encantadora!
La muerte cruel te ha deshojado;
Te recibirá el patriarca Abrahán
Cuando llegues a su seno.
Las puertas del cielo se abren de par en par
Para darte el descanso eterno,
El gozo pleno.
Pero Señor, equitativo y justo es
Que a Ti todo lo que creaste
Te alabe con máximos loores,
Pues que te plugo, mi Dios,
Recoger el polvo de Adán,
Disperso por doquier.

XVIII

LA IGLESIA LLORA LA AUSENCIA DE SU PARROCO

Yo, casa de este varón santo, estoy deshecha, quedo arruinada si no me miras, Señor. Su presencia me llenaba de honor: aquí tocaba él dulcemente a mis oídos las tonadas de su cítara y su palabra me recreaba.

Tú, Señor, alivio de los afligidos, salud de los enfermos, aplícame la medicina, te lo ruego. Ahora que ya no puedo oír su voz, alégrame con un crepusculito de su luz.

Consolador bueno, te lo suplico: no apartes de mí tu rostro, que he quedado desierta; limpia mi suciedad. Mis ojos y mis manos han registrado todas las dependencias secretas, pero renuncian ya a dar con el santo; por él, ¡oh dolor!, me frecuentan las turbas de los cristianos fervorosos. Los oídos también me están diciendo que guarda silencio, que ya ha dejado de hablar. ¿Quién vendará mi llaga? El me sublimó, es cierto; mas lo es también que él me ha humillado, al irse él, mi seguridad. Sobre mí han caído el pavor y el horror.

Cuando te contemplé cadáver me horroricé: tu muerte me dejó sin sentido, me ha quitado la gloria y el honor. Las compañeras, que me llamaban dichosa, se han callado al eclipsarse mi gloria, al irse mi alegría; me han ahogado la tristeza y el llanto.

XIX

EL SEPULCRO DE UN REY Y DE UN MENDIGO

Habiendo ya visto a la Justicia sentada al borde de un sepulcro le preguntaba de quién era aquella tumba y quién se pudría en ella, “pues —le decía— este pudridero de huesos que estoy viendo no me explica bastante”.

“Aquí —me respondió— está enterrado uno de los antiguos reyes, ilustre por su riquezas y hechos de armas. Ven acá y contéplale cómo se halla ahora. ¿Ves? a su lado yace otro; fue un mendigo. Delante de tus ojos tienes a dos clases de hombres, la más encumbrada y la más humilde; si eres capaz, distingue al uno del otro.”

Al acercarme al dintel de aquella huesera topé con el primero, el mendigo, tirado en un lado maloliente. Su cabeza estaba sucia y cubierta de telarañas, su tronco yacía inmóvil, los dientes arrancados, la boca hecha una cenicera y los huesos, desarticulados, se deshacían casi todos en polvo. Que este hombre haya venido a parar a tal estado de suciedad, como nacido y criado en ella, no me admira, me decía yo; con un rey no ocurriría cosa semejante, pensando que por tratarse de un hombre de su dignidad y grandeza, en el sepulcro, como que sucede en el mundo, se observaría el mismo fenómeno y así el cadáver del rey le darían allí grandes honores.

Pero salí por fin de mi error y vi por experiencia que a la dignidad de la primera fortuna de ser rey había seguido la suciedad y la tierra desnuda, y la corrupción fétida a los ungüentos olorosos, y que su gloria antigua se había oscurecido con la ignominia que la siguió; aquel cuerpo de rey no era ya más que un montón de basura que se pudría en el estercolero.

Lancé un gemido y dije: ¡Oh ciega soberbia de los mortales, era necesario que llegases a tal grado de desprecio! Así las varias y desiguales condiciones de la vida del hombre, el ser rey y ser mendigo, las iguala la muerte. Que nadie confíe en sus riquezas, que aquí las dejará a la postre; en los bienes, que no los llevará el dueño, que aquí muere; que nadie se precie de la apostura, gentileza y hermosura de su cuerpo ni de su rostro: son cosa fugaz y frágil, que para en el sepulcro y en él se marchita y desvanece.

Vi el infierno, es decir, el abismo glotón, lleno de todos los vi-

vientes y no por eso harto. ¿Qué digo? Duplicado el número de los muertos, le vi extender y ampliar más su seno; guarda ya tantos cuerpos que no sabe su número ni el mismo que los echó en aquella cárcel. Ninguna condición humana se exime de esta ley: todos, hombres felices y hombres desdichados, todos van a parar a él.

Me adelanto más y frente a mí van pasando en montón catervas de cadáveres, todos distinguibles y distintos; ninguno habla; ya no tienen voz; ya no sienten; ninguno retorna por el camino que entró; a ninguno se da compañero para que le saque de allí, ni tampoco se da a los reyes licencia para poseer, ni a los soberbios para anteponerse con arrogancia a los demás, ni a los lujuriosos para entregarse al vicio, ni a los avaros para negociar y lucrar con la usura. La tierra guarda al rey y al oro que amontonó; uno y otro perdieron su valor, puesto que las riquezas reunidas en provecho del heredero al llegar a este sitio no sirven de nada al verdadero dueño. Yace soterrado el malvado con su malicia para ser al fin precipitado en el infierno. Pero al justo le recibe la tierra en el sepulcro, el límite postrero de las cosas humanas y el fin de las calamidades y miserias para devolverle un día a las mansiones de los bienaventurados, a la misma suerte tiene destinado también al pobre de espíritu, que se trajo consigo a la sepultura los dineros distribuidos a los menesterosos.

Contemplaba yo los huesos del más poderoso y del más débil, los de ambos a la vez, para comprobar si el malo era más hermoso, pero me cercioré de que eran iguales. A los hermosos no les acompañaba su beldad donde les sirva para ensoberbecerse y hacer ostentación. Delante veo pasar a los que acá se ataviaban con vestidos de púrpura, tiznados y con trajes de luto, y a los que con afeites solían desfigurar sus rostros los vi horriblemente deformes, corroídos por la tenia y comidos aquellos ojos antes brillantes con los colores del estibio. ¡Ni la sífilis transformara a los lujuriosos en tan asqueroso albañal!

Los soberbios, a quienes el tufillo de la gloria tenía engañados, eran ya humo y sombra, y los ambiciosos, cegados por la fosforescencia de los honores, despreciados, abyectos, habían llegado a ser un lastimoso espectáculo.

Era de ver a los que aquí ambicionando el mando y los primeros puestos se rescomieron en la oscuridad de su casa; a los que habían conseguido el renombre de sabios y a los que pasaban plaza de doctos cómo ahora ni siquiera estaban en su sano juicio; a los ricos, que sabían que era preciso huir de las riquezas y las buscaron con tanto

anhelo, verlos ahora sumidos en la extrema pobreza y carecer de la comida que natural y fácilmente se encuentra. Aquí, en el sepulcro, nadie lucha ni disiente: la tumba ha apagado y ha quitado las enemistades a los huesos, mezclados y confundidos unos con otros.

XX

AYES DE UN PADRE MORIBUNDO

El día señalado para cada uno de los hombres en el cual ha de abandonar este suelo me obligó a dejar repentinamente vuestro convite y retirarme a aquel albergue anchísimo, que se extiende hasta los abismos de la tierra. Enviado por el Juez el lictor antes de que presintiese su llegada, me cogió desprevenido; y cuando suplicante le rogaba que difiriese un poco la partida, siquiera mientras decía el postrer adiós a los parientes, él rechazó mi súplica y los regalos que le hacía.

No me había percatado de que era el emisario de la muerte, enemigo el más temible para los malos: le creía uno de los mortales y como tal, si no con ruegos, se dejaría doblegar con regalos. Mas luego que entendí que era el propio guardián de la cárcel del sepulcro, desesperé ya de la salud y me atemorizó su vista y me horrorizó su pavor y el pavor y el miedo sobrecogieron y turbaron todo mi ser.

En el mismo instante empezó a remover de su lugar mis huesos y a separar mis miembros unos de otros y mi alma y mi cuerpo a luchar entre sí; cortó el estambre del telar, envolvió la tela y se la llevó. Rompió los nervios de la cítara, suprimió el canto, arrancó el árbol de la vida y perdió los manzanos con los frutos. Me quitó el habla, me arrebató la luz de los ojos, la llama de la lámpara la convirtió en humo, desfloró la hermosura de mi rostro y el cuerpo se tornó, como está escrito, al polvo, su pariente.

Presa de tantas angustias, no sabía que hacer, carísimos: no encontraba salida. ¡Ay! Las ganancias y riquezas que allegué a costa de tanto trabajo me dejarán para aprovechar a mis herederos y a mí nada, bien lo sé.

Yo construí grandes casas acomodadas para vivir, así en el estío como en el invierno, y a mí la muerte me lanzará hoy a una cárcel tenebrosa. Y de tanta riqueza no me acompañará al salir de aquí nada, nada más que las malas acciones de mi vida pasada, impedimentos

del camino en que estoy entrando. Si tuve alguna parte en los bienes, otro heredero la llevará dejándome a mí sólo los pecados. ¡Ojalá que así como me obligan a abandonar las fincas que poseo, del mismo modo exonerasen mi conciencia y me fuera lícito dejar mis faltas y que, así como a la fuerza me impelen a alejarme de los placeres de este siglo, yo me hubiese antes separado de los vicios!

Llamáis trabajo el del rico que amontonó tesoros y no para sí, puesto que en breve vendrían a manos ajenas que a él le dejarían pobre y desnudo; pues trabajo debéis llamar también el mío, que yo reuní mi buena hacienda. ¿Y qué harán de ella y de mí que emprendo un viaje larguísimo, para el cual mis parientes, aun los más cercanos, no me prepararán con ella ni el viático para el camino, que me despreciarán como a un extraño, como a quien nada tuvo que ver con ellos?

Pero vosotros, hijos, muerto vuestro padre, ¿a dónde volveréis los ojos? ¿Quién os educará a vosotros, jovencitos? ¿Quién os dará pan a vosotros, huérfanos? Hoy, con mi patria, la casa queda sin apoyo y vosotros como pollitos abandonados por su madre. Parientes y amigos: a vosotros extendiendo mis manos suplicantes para que, no olvidándose de la sangre y de vieja amistad, hagáis mis veces en este negocio, y convertidos en tutores y procuradores de estos huérfanos defendáis los campamentos abandonados por su capitán.

Escuchad, os ruego, al predicador; reverenciad los oráculos del Espíritu Santo, porque uno y otros os recomiendan que toméis a vuestro cargo la defensa de los huérfanos y las viudas. Piadosos oyentes: oíd al que os suplica, ayudad al afligido y poned por obra lo que os pido con toda diligencia; confiad que, por los beneficios que me prestéis, aquel misericordioso Dios cuando os halléis en trance semejante se mostrará propicio y os socorrerá el día en que venga a dar a cada cual según el mérito de sus obras.

Mas a vosotros, hijos queridísimos, os amonesto y ruego y pido otra vez que viváis en paz y que seáis manos y misericordiosos y obedientes a los consejos de los varones sabios y que obréis lo que sea de provecho a vuestras almas.

Considerad atentamente y mirad bien que las grandes riquezas que atesoré con mis negocios, de todas ellas ni un solo pelo traeré al sepulcro, excepto el peso de mis malas acciones. Haced, cumplid, hijos, mis deseos; concebid una saludable tristeza por mi muerte, que el supremo Padre cuidará vuestras cosas. Aquella virtud poderosa que acompañó al patriarca José en su destierro y le alimentó en él, esa

misma confío que, en su inmensa liberalidad, mirará por vosotros y os suministrará vuestro sustento.

Por lo cual os encomiendo a vosotros hijos de mis entrañas, al Padre altísimo, creador de todos los vivientes, que con su inteligencia rige a este mundo y con su benignidad mira por su bien; a El os recomiendo una y más veces y a El le ruego que a vosotros, desconsolados, os anime y os levante si cayereis en alguna degradación. Espero que la Cruz santa del Salvador, cabeza de nuestra salud y precio de nuestra libertad, guardará la casa con todos sus moradores y a vosotros, salvo e incólumes, os llevará a las mansiones de la gloria.

Me queda sólo el haceros una súplica, el volver a vosotros, sacerdotes, y a todo el clero, mis ruegos llamando a vuestra fe; sed solícitos para pedir por mí a la misericordia de nuestro Dios que se digne introducirme en le seno de Abrahán y me lleve seguro con Lázaro, el pobre, a las sillas de los bienaventurados, que tanto he deseado, y me separe de la compañía del rico epulón, que arde en las llamas del infierno. Soy un miembro vuestro por el Bautismo, y como tal acordaos de mí; tomad bajo vuestro amparo a mis hijos, pues aunque estoy próximo a dejaros y no puedo devolveros las gracias por vuestros beneficios, Dios, cuyo atributo propio es el de ser liberal, lo que yo os dejo a deber El os lo pagará con largueza en su reino.

En fin, porque temo muchísimo de que, llevado al sepulcro, me reprendan como reo de la orfandad de los míos y de que yo la he provocado con mi mala conducta, lo único que me queda por hacer es encomendártelos a Ti, Dios sumo, que dijiste por boca de tu profeta: *Deja a tus huérfanos, que yo les daré vida.* (Jer., LIX, 11). Mira, ayúdame y ayuda a mis hijos. Y puesto que mandastes a la muerte que me separase de ellos, recógelos en tu misericordia, madre común de todos los vivos, y compadeciéndote de mí, como en otro tiempo del ladrón, recíbeme benigno ahora que llego a tu presencia. Rúgote que en tu providencia no abandones a mis hijos en la orfandad, que ellos nunca se olvidarán del beneficio recibido de tus manos.

XXI

CONSEJOS DE UNA MADRE EN SU LECHO DE MUERTE: DEPLORA EL LEGADO DE EVA

Meditando en la caída y muerte natural de Eva me llené de estu-

por y lloré la ruina irreparable. Cuando me veía a las puertas de la muerte, y a punto de separarme del cuerpo, en la hora fijada por el decreto divino, quedé pasmada, como quien ha perdido el juicio. Después, sollozando, exclamé: ¡Ojalá no hubiera sido contada en el número de los nacidos porque ahora no me turbara la muerte ni me tuviera suspensa el día fijado para la partida esperando los males que podrán seguirla!

La culpa de Eva consistió, pues todos morimos, en haber sido la primera, que abrió el camino a la muerte. ¿De qué le aprovechó que le diesen como ayuda a Adán? ¿De cuántos males no fue ella la causa, haciendo a sus hijos merecedores de la muerte y poniendo a toda su posteridad en el trance inevitable de tener que salir de este mundo?

¡Lamentable caída la tuya, Eva! ¡Desdichado el día en el cual, como en un modelo, quedan representados los funerales de todos los hombres y la serie interminable de calamidades que preceden a la muerte! Así, madre de nuestra raza, te has trocado en el lazo de la muerte mientras vive el hombre y en causa de luto cuando muere.

Próxima a la muerte una madre, deshecha en llanto y dolor, convocó a su numerosa prole de hijos, nietos, hermanas y amigos. Reunidos todos en derredor de su lecho, lanzó una mirada, lloró largamente y después comenzó a lamentarse de la orfandad de los suyos, aumentando así el desconsuelo de todos. ¿Qué haré, hijos míos —decía—, en este momento supremo, presente ya el lictor, que no me deja ya más tiempo? ¡Ay! ¿Quién es el que contra mi voluntad me obliga a marchar y me arranca violentamente de mi amadísima prole? Prendas mías, hijos de mis entrañas, ¿quién nos separa mutuamente? Tengo que abandonar de este modo a los que con tanto trabajo crié y está determinado que desde ahora me sea privada de vuestro trato y compañía. Renuncié por vosotros al honor concedido a las vírgenes. ¿Y ahora, después que fui madre, no puedo gozar de mis hijos? ¡Oh, quién me volviese a los años de mi juventud florida! No tendría hijos, pero tampoco pecado; sería célibe, pero también inocente. ¡Oh, quién me diera veros a vosotros como la madre de los Macabeos a sus hijos! Eva nos dejó este legado fatal, cuya escritura exige como interés la muerte de quien le hereda. ¡Oh madre, que dio a luz la muerte para sus hijos, que concibió y en su parto trajo tantas miserias y en tristísima muerte sepultó a sus hijos! De no haber introducido la muerte no hubiera sentido dolores en el parto, pero los experimentó porque los hijos mueren por culpa suya.

Mirad: muriendo, la hija de Eva nos recuerda el día de la muerte de su madre. Los hijos supervivientes, convocados, según costumbre para celebrar el funeral, acudieron todos y hablaban así a la que luchaba en la agonía: “Madre, amor de tus hijos, ¿qué poder malo te arranca de nosotros? Aquí nos tienes en corona; deseamos oír tu voz; levanta los ojos, míranos: estamos en derredor de tu lecho, te llamamos con palabras de dolor, como la esposa viuda habla al marido ya muerto. ¿Por qué te has callado, madre; por qué no nos respondes? ¿Es que la muerte ya te ha privado del habla? Animo; extiende las manos, saca los brazos, estrecha por última vez a los conocidos, imprime en nosotros tus postreros besos; los cantares que solías tararear a tus hijos, ¿ya nos los niegas? Míranos aquí, postrados de hinojos en la tierra. ¿Dónde has ido? ¿Qué se ha hecho de aquel amor tuyo tan cálido a los hijos? ¿Por qué han cesado ya aquellas caricias de tu rostro siempre alegre, de tu palabra siempre dulce?

Si es que te han robado de entre nosotros, dílo. Y dinos dónde estás, dinos dónde tenemos que esperar o ir a encontrarte. Piensa que somos pollicos tuyos y volveremos, para llevar la recompensa de tu trabajo, a donde en cualquier tiempo gocemos de tu vista. Los que entran en casa hallan sólo tristeza y luto, y las paredes mismas, repitiendo y alabando tus consejos, aumentan el dolor producido por tu muerte. ¡Ay! Cuando te sacaron de casa, ¿quién sembró en ella la desolación, el luto y el llanto? ¿Qué accidente vino a interrumpir el viaje y nos forzó a andar errantes por caminos sin salida? ¿Qué tormenta te lanzó lejos de nosotros? ¡Madre, escucha a tus hijos; madre, mírales cómo lloran y sana la herida que les causaste al morir.

Mira, aquí están tus antiguas compañeras y preguntan por ti y se recuerdan mucho de su antigua amistad y tristes lloran tu memoria. ¡Aunque ya no oyes, porque la muerte te ha impuesto el silencio! Porque no oyes y no hablas, lloramos y gemimos y nuestras quejas salen entre sollozos.”

“¡Ay, desdichadas de nosotras —dicen ellas—, que te vemos callada, hermana nuestra, que ya no puedes hablar a tus amigas! ¡Ay! Has dejado vacío el banco de nuestras tertulias porque la muerte te prohíbe vivir y tratar con nosotras!”

“¡Oh dolor, carísimos! ¿Qué voy a hacer? Me rindo, pues la muerte se obstina en que me aparte de vosotros y el ángel de la muerte me obliga a dejar para siempre vuestra compañía. El ángel de la muerte ha entrado violentamente en mi casa, se ha apoderado de mí, y me

arrastra consigo; es inexorable: ni oye los ruegos, ni atiende las súplicas, ni le vencen las lágrimas, ni los lamentos le ablandan; no mira los regalos: desprecia el oro; separa a la madre de los hijos y los deja huérfanos; la hermosura no le mueve; a los fuertes los avasalla, hace hedionda la belleza del rostro y en un momento destruye la arrogancia de los cuerpos: a los ojos los deja ciegos y sordos a los oídos, y el carmín y los afeites los trueca en asquerosas inmundicias, y pisotea al mundo femenino que se cubre de polvos olorosos, y llena a las bocas de quejidos mezclados de ayes de dolor. Esta es la herencia que nos tocó de nuestra madre Eva al morir; recorre el índice de los nombres y haz el cómputo del interés que es preciso pagar a la muerte. Contempla los edificios que esta madre arquitecta nos levantó, que son el sepulcro, las tinieblas, el suplico. Aquí tienes, delante de tus ojos, la cama que hizo y adornó nuestra madre Eva, la rea; aquí el tálamo nupcial que preparó y colocó, a saber: el féretro de los cadáveres en que se les lleva al sepulcro; aquí el camino cerrado que ella abrió a los vivientes, y aquí, mientras nos dura la vida, aquí ves la senda que desbrozó de malezas para que por ella lleven a sus hijos muertos a la tumba.

Hermanas: parad mientes, os ruego, y ponderad lo que he ganado yo en toda mi larga vida: nada ciertamente, nada sino pecados, actos malos, una cárcel oscura, una hoguera y las penas terribles que en ella me aguardan. Los adornos y las galas y los galanteos, mirad en qué han venido a parar; los zarcillos y pendientes y todo mi boato ahora me los arrebató la muerte, a la que desagradan todos estos arreos de vanidad; tampoco me queda nada de aquel menaje de vestidos y objetos, que amontané con tantas fatigas y excesivo lujo. Cuánto tiempo, ¡ay!, he gastado y qué preocupación tan grande ha sido la mía para inventar modas en el rizo de mis cabellos, una vez ensortijándomelos y dejándomelos caer otras hasta los hombros en graciosas trenzas.

Perezca el mundo que me engañó a mí, incauta, antes de haber conocido sus imposturas. ¡Viejo marrullero! ¡Qué bien cuidó de que yo ni oliese siquiera la separación decretada de dejarle! Y yo nunca presentí la futura mudanza de estas cosas perecederas y que el mismo mundo sería sepultado en el olvido después de la destrucción general de toda la naturaleza. Y yo, inocente, no vi que el barro, que con fingida apariencia me seducía, se iba a quedar aquí, y ojalá que con él se quedasen igualmente los pecados y las lacras con que me ensució y afeó. Creí que era una hermosísima flor, como las que brotan en la

primavera, y que no la marchitarían los ardores del próximo verano. El mundo me sedujo con la apariencia de una juventud siempre florida para acabar por arrastrarme con sus redes. En mi loca imaginación me figuré como granos de trigo escogido el oro y la plata, y con este cebo, cual ave atolondrada, me dejé cazar y la muerte arrebató las riquezas que amontoné para mí y las que, disimulando mucho tiempo, tomé como tales, y la muerte desvaneció mis esperanzas y desbarató todos mis ensueños.

Sinceramente lo confieso: me pagué de la hermosura y afeé a la naturaleza desfigurándola con afeites, y mi ingenio y despejo naturales los vendí a vil precio a la ligereza y coquetería; todas las cosas son falaces, y como el barro, deleznales y perecederas.

La juventud licenciosa, la dulce y halagadora adolescencia, las dos han bajado su cuello a la muerte y las dos están en el sepulcro.

Dígame, mujer que te prendas de las galas en el vestir, y rebuscas los atractivos de la belleza para seducir, que me mires y me contemples: estoy firmemente persuadida de que tu desenvoltura te avergonzará; cualquiera de vosotras, engreída por tener muchas joyas o por ir lujosamente vestida; cualquiera de vosotras, ensimismada en la belleza de su cara o el talle airoso de su cuerpo, que lea en mi cadáver lo caduco de las cosas humanas, que llore en él y en él aprenda también: que todo desaparecerá en un instante, lo que sedujo al joven e infatuó al soberbio.

Cuando estemos a las puertas de la muerte, cuando hayamos franqueado el dintel de la tumba, entonces todo lo nuestro se desmonorará y la tierra lo cubrirá, y en fin de cuentas, vendrá a reducirse a nada. ¡Ay! Ojalá se hallasen aquí presentes a mi muerte las mujeres que se dejan seducir por la hermosura que desaparece, las que enloquecen por ir vestidas a la moda; sin duda que se arrepentirían y lo que tanto estiman todo lo despreciarían.

No hay poder alguno que exima al hombre del tributo de la muerte ni quien lo libre del sepulcro: ni los hermanos, ni los padres, ni la corona de los hijos que le rodean, ni la nobleza de la familia, ni el número de los parientes y amigos, ni el oro, ni la plata, ni la hermosura del rostro, ni el brillo de las perlas, ni el lujo de los vestidos, ni los afeites ni los carmines, ni los regalos, ni las ofertas, ni las riquezas, ni los latifundios, ni las dignidades, ni los honores. Todas estas cosas acompañan sólo hasta el sepulcro; pero al llegar allí es preciso abandonarlas, como ajenas y nada convenientes a aquel lugar y a aquel

estado. A los difuntos no aprovechan ni las lágrimas ni los lamentos ni siquiera el luto: únicamente la virtud que fue compañera de la vida será la que no se separe en la muerte. Las oraciones elevadas al cielo y las limosnas distribuidas no abandonan a los muertos y la perseverancia en la fe les suministra armas.

Entretanto, con lágrimas y súplicas que salgan de un corazón compasivo pidamos al Señor por la difunta. ¡Señor! Recibe en paz, según tu clemencia, el alma de tu sierva y colócala entre los santos y elegidos según la muchedumbre de tus misericordias; perdónala, remítela y bórrale sus pecados; no entres con ella en juicio ni te acuerdes de sus desvaríos, porque en tus manos puso su espíritu; te rogamos que la protejas y defiendas con la señal de tu Cruz, y ya que te invocó en el día de su muerte, oye, no deseches la oración de sus labios. Agrégala al coro de las vírgenes santas para que una sus cantos a sus alabanzas y te de gloria a Ti, que debes ser siempre alabado por los vivos y los muertos en los siglos de los siglos. Amén.

XXII

¡HA MUERTO LA DUEÑA DE ESTA CASA!

Las lágrimas humedecen los ojos, tristes nuevas suenan a los oídos, los ayes mezclados de llantos producen el escozor en los labios, y la tristeza oprime el corazón. Tú, Señor, levántame, que esta lamentable pérdida me ha postrado y me ha abatido, levántame de este estado en que estoy sumida.

Hoy han echado a la dueña; por eso su casa entera está arruinada, está sucia y llena de inmundicia. Disipa, Señor, las nubes que la rodean; restablece el orden turbado. Su muerte conmueve nuestra casa con los llantos: hasta las mismas paredes las ha oscurecido la tristeza y las ha ennegrecido la suciedad. Que tu luz, Señor, te lo pido, esclarezca estas tinieblas. Así en el espacio de un solo día nace y muere el hombre: el vivir es padecer, y morir, introducir el luto en las familias. Por esto tenéis mucho de que dar gracias al Arbitro supremo de la vida y de la muerte, pues a esta mujer la ha librado de las miserias de este siglo, lleno de calamidades.

El sepulcro, que se tragó a los hombres de los siglos precedentes, también pudrirá el cuerpo de esta mujer y lo reducirá a polvo. Después Tú, Señor, la volverás a la vida y a su antigua hermosura.

La muerte la expulsó de su domicilio raptándola, obligándola a mudar de casa, y desde ahora en adelante tendrá una tumba hasta que el día señalado para la resurrección general de los muertos luzca esplendoroso. De este modo se separan el alma y el cuerpo, pero el cuerpo para tornarse en ceniza; a uno y otra manda Tú: restaura, Señor, al cuerpo y alma a nueva vida para que ya no envejezcan más.

XXIII

PONGAMOS NUESTRA CONFIANZA EN DIOS

Eres el Señor de los justos y de los santos y remunerador espléndido de las obras buenas: te ruego que acojas al alma de tu sierva y la traslades a las moradas celestiales de los bienaventurados, en las que tus santos gozan por una eternidad. También a tu sierva dígnete, te lo suplico, como premio de tu amor, concederle la dicha de alegrarse en el día en que te muestres a todos los moradores del cielo y del infierno. Con tu Espíritu llegó a una edad avanzada; réstale sólo que en el día de tu venida le restituyas el cuerpo clarificado.

El justísimo Juez, hermana, que castiga las malas obras, no negará, no, a las buenas el premio. Aquel Bueno, cuya amistad antepusiste a todo lo demás, te coronará por haber luchado bien y compensará con el descanso dulcísimo de tu alma los trabajos que toleró tu cuerpo.

No se me oculta que no es corto el camino que tiene que andar la que ha recibido el mandato de recorrer el de la eternidad; pero rogad a Dios para que llegue felizmente a la casa que me ha sido preparada.

Queridísima hermana, no temas, no temas: el camino que tú crees áspero no es tal, porque aquel Justo, que te llama, ha allanado las asperezas y te conducirá salva adonde diriges tus pasos.

Temo muchísimo, amigos, a Dios, severo Juez, porque escudriñará cuidadosamente todos mis actos: ya se que a El no se le ocultan los secretos del corazón.

Pero tú, que hasta ahora has vivido santamente, no tienes por qué temer al Juez: una vez que has sabido que todos los arcanos le son conocidos y le están patentes, puedes colegir que no ignora El con qué fin obrabas tú, porque descubrirá que ibas recta y sinceramente. De esto deducirás también que te dará una recompensa centuplicada y mayor a tus méritos.

Os agradezco estas palabras y me alegro; pero suplicoos a todas mis amigas, con quienes me unió el lazo del amor y el parentesco, y también a vosotros sacerdotes, padres y señores míos, que unáis las paces a los votos, levantéis suplicantes las manos al cielo y pidáis la paz para vuestra hermana, a quien separa de vosotros el eterno alejamiento.

Tú, que imploras nuestras oraciones en favor tuyo, intercede a tu vez por nosotros. Eres compasiva; no te avergüences el pedir por nuestro pueblo, el que, separado en adelante de ti, ya no gozará de tu conversación y sincera amistad, que tan útiles le fueron siempre. Al recordar tus vigilas, tus ayunos y largas oraciones y el cuidado continuo que ponías en vivir honestamente y al verse de súbito privado de tu compañía, nuestro pueblo se aflige, llora y no encuentra consuelo.

No olvidemos aquello que Nuestro Señor dijo: *“El que hospeda a un justo en atención a que es justo tendrá galardón de justo”* (Mateo, X, 41); pongamos nuestra confianza en Dios, que nunca nos veremos defraudados de la recompensa prometida. Yo no confío en mi santidad ni en mis obras ni de otro ninguno me arrojo la seguridad, pues es valedero lo que depende de la palabra del gran Oferente; no obstante, no dudo que cumplirá conmigo y con vosotros la promesa hecha, recompensará la solicitud que me habéis demostrado y por el honor inmerecido que me habéis hecho os guardará salvos. Pido que los coros de los moradores del cielo unan sus cantos con vuestras voces y unos y otros digáis unos mismos himnos, ya que honráis mis exequias con los cánticos inspirados por el Espíritu Santo.

Suplícote, Creador mío, y te pido que, aunque he pecado mucho y por eso soy indigna de alcanzar lo que imploro, recibas mis votos, y ya que eres remunerador de las obras buenas y compensas con generosidad los trabajos y pagas liberalmente a los que luchan con valor, con esa misma minificencia me des tu gracia, lo que pido, para la familia que me recibió y sepultó. También te ruego que las hermanas, de cuya compañía me veo arrancada y con quienes no puedo volver a vivir, consigan frutos ubérrimos por el trabajo que por mí se han tomado, con el fin de que, adornadas de sus buenas obras, te acompañen cuando vuelvas a tu reino, en el día grande de tu venida. Esta misma gracia pido, este bien deseo a todos los que aquí estáis presentes, para que oigáis un día aquellas palabras del Hijo de Dios: *“Venid, poseed el reino que está preparado para todos mis santos”*. (Mat., XXV, 34.) Las largas vigilas, que soléis juntar desde el día hasta la

noche, y las preces purísimas que hacéis, confiad que vuestro Esposo, a quien servís casta y fidelísimamente, las acogerá compasivo y benévolutísimo y centuplicará el fruto que piden vuestros votos. Os suplico, ya que tanta es vuestra solicitud por mí, que me alcancéis con vuestros ruegos esta gracia: que llevada al puerto de la eterna paz, descanse allí sin temor.

Mirad, el que me ha de llevar ha emprendido el viaje impuesto y viene con paso ligero: ya está aquí y me ha sorprendido. En adelante no podré ir al templo, ni pisar sus umbrales, ni unirme a vuestros coros, ni como hacía antes, cantar salmos: la muerte me ha cogido desprevenida y me ha separado de vosotras. Se ha callado mi cínera, con la que tocaba yo en los funerales, y se han roto los nervios de mi cítara y mi cuerpo ha quedado inmóvil e insensible: el alma se ha volado y ha abandonado, en fin, la casita en que moraba. Mi cuerpo exánime ha quedado sucio, cual está la casa deshabitada. Os ruego, como último favor, que pidáis al Juez supremo el perdón de mis pecados, pues, si bien he faltado y delinquido mucho, he conservado la fe y no la he negado.

Ten confianza, hermana y amiga, que los ángeles de la paz vendrán a tu encuentro, te reconocerán y saludarán como a sierva de Cristo y, porque saben bien que le has servido generosamente, te llevarán al huerto de las delicias y allí, asociada a los coros de los justos y de los santos, gozarás de una eternidad sin fin en la región de la luz perpetua.

XXIV

¡LOS JOVENES, BACULOS DE LA VEJEZ!

A todos los hombres le aguarda el mismo fin, pero será muy molesto y contrariará más a quienes sonríe ahora la juventud lozana.

Tú, Señor, líbrame de este dolor.

Estamos presenciando un funeral que separa con un divorcio perpetuo a los casados y trueca las danzas y cantos en llantos y endechas.

Te pido que tu misericordia lleve a estos siervos tuyos a la cena de las bodas del cielo.

Hermano: la luz que te dio la vida al nacer, esa misma luz te llenó de trabajos y cuidados; ahora la muerte te está llamando a la tumba y

grita: "¡Párate, miserable; respira, tranquilízate, y de gracias a la que al quitar la vida te concede este descanso!"

Cuando llegue el término de la vida feliz y miserable, que dispone al joven para el sepulcro, y las exequias para el adolescente, entonces ruégote que compenses a tus siervos de los trabajos sufridos en esta vida con los goces de la futura. ¡Oh juventud, corona de los ancianos! ¿Quién ha apagado tu hermosura? ¿Quién ha secado esa flor lozana de tu beldad?

Mas a ti, hermano, te esperan mejores venturas; te está destinada la herencia del cielo y de la eterna felicidad. Alégrate tú, pero lloren los ancianos privados de tu ayuda. Los jóvenes son báculos, los báculos que sustentan a los viejos, cansados de los años. Apoyados en tu gracia y en tus auxilios, Señor, subimos hacia Ti.

XXV

LA CONFIANZA DE UN CORAZON

Este día, triste y nefasto, invita a los ojos a llorar, a las manos a plañir y a la boca a quejarse.

Tú, Señor, dame consuelo en mi luto. La muerte obliga a muchos a llorar, a todos los que entran en casa del joven fallecido con ánimo de asociarse al entierro; todos los que salen de su casa, todos lloran a lágrima viva.

Mas tú, Señor, porque esperamos la bienaventuranza prometida, quítanos esta tristeza.

La muerte disolvió los lazos matrimoniales y en vez del lecho nupcial, ¡ay!, prepara un ataúd. Da, Señor, a tus siervos aquella alegría de la cena de bodas que preparaste a los justos.

La muerte destruye al ser humano; por eso el cuerpo, que olía mejor que el panal de Arabia, después de muerto se pudre rociado con un líquido hediondo.

Señor: enriqueciendo a tu siervo con la felicidad eterna, dale también la claridad celeste.

La muerte separa a los miembros del cuerpo, y al que muere, de los hermanos y parientes; a unos y a otros reunirá y restituirá tu Espíritu Santo.

El día en que ocurra la muerte de los padres y en que se separen

de sus hijos y los dejen huérfanos y desamparados. Tú, Señor, accediendo a nuestros ruegos, a esos jóvenes, destituidos de la ayuda de sus padres, a éstos les educarás, les alimentará, les vestirás y proveerás de todo.

En cualquier día que separare la muerte al hermano del hermano y se disminuya el número y se deshaga la trabazón de los miembros, con tu gracia te suplico, Señor, que se cierre esta abertura funesta en el tiempo fijado.

El día en que, fallecido el esposo, quede viuda la esposa te suplico que la vuelva a ver después de colocado en el cielo. Día vendrá en que el amigo se separará del amigo, lo mismo que el toro uncido al yugo se aparta de su compañero cuando le sueltan; que tu amor suelde el lazo del amor mutuo entre ellos.

El día de tu nacimiento fue de alegría para los padres, carísimo. ¡Ay!, el día de tu entierro acarreará tristeza a tus hijos. Confía, porque ellos resucitarán en la bienaventuranza eterna de los justos.

XXVI

¡EL HOSANNA TRIUNFAL DE MI NIÑO!

¡Niño amable, que la gracia formó en el seno materno!
Cuando apenas había visto la luz,
Cayó sobre él la muerte inhumana en torbellino abrasador,
Sacudió las hojas del árbol, tronchó el tallo y secó sus ramitas.
No me atrevo a llorar tu tránsito
Porque se que el Rey te ha introducido en los senos de la luz eterna.
El sentimiento natural me dicta el llanto,
Lo confieso, hijito mío;
Pero, al pensar que has sido llevado a los esplendores de la gloria,
Tengo que evitar el oscurecer y manchar con lágrimas el palacio real.
Me llamarían audaz e imprudente
Si llego a presentarme vestido de luto y lloroso.
Por eso, volviendo a mejor acuerdo,
Sacrificaré una hostia sin mancilla
Y recobraré mi alegría.
Amado hijo, tus cantos alegraban mis oídos.
¡Qué dulzura cuando me acuerdo de tus gorjeos!

Grabadas estarán siempre las palabras que tú balbuceabas,
Con todo, al repetirlas, mi memoria,
Mi pensamiento vuela hasta los coros de los espíritus celestes.
Allí me extasío escuchando a los moradores de la gloria,
Que contigo cantan el hossana triunfal.

XXVII

NIÑO FELIZ, PERO MADRE DESOLADA

¡Oh qué amargo es el luto en el entierro de los niños!
¡Qué dura la separación para las madres!
Espero, Señor, que admitirás a los desterrados de la casa paterna;
Espero que cuidarás a los huérfanos.
Día de tristísimo luto para los padres el de la muerte de sus hijitos:
En ellos les arrebató y rompió el báculo de su vejez.
Ruégote que les fortalezca tu amor.
Ese día triste arrebató a la madre a su único hijo,
La amputó un brazo y la destrozó los demás miembros.
Señor, restitúyete, te lo suplico, las fuerzas quitas.
La muerte ha dejado a la madre triste y desconsolada.
Tú, Señor, mira misericordioso su orfandad y alivia su dolor.
La muerte arrancó de su pecho al hijo;
Le llora perdido, se lamenta de su ausencia.
Que vuelva a verle en el cielo, Señor, te lo suplico.
¡Niños felices, que habéis conseguido la eterna dicha!
¡Ancianos desolados, que la muerte perturbadora sumió en las tristezas sin consuelo!
¡Estos padres, huérfanos y afligidos, imploran tu auxilio, Señor!

XXVIII

PIENSA EN EL MAÑANA

Hermanos, pensad y no olvidad dónde estáis hoy y dónde os hallaréis mañana. Pues quienes ayer hablaban con nosotros y se lucían con sus discursos elocuentes, modelos del bien decir, hoy están mu-

dos y yaciendo en la tumba. ¡Dichosos vosotros los que nunca olvidasteis este día! Comparad a unos y otros: veréis que sois viajeros de un día, a quienes, no habiéndosele marcado ninguna posada en el camino, unos se anticipan a otros y todos se van separando.

¿No va a ser feliz quien para unirse a Dios se separa de la turba?

Como la muerte nos hubiese un día sorprendido hablando y preguntándonos dónde pasaríamos cómodamente el verano venidero o dónde nos prepararíamos una buena habitación para el invierno, que se nos echaba encima, en un instante, volando sobre nosotros, vino el juez con órdenes tajantes diciendo que a todos nos llevaría pronto a regiones muy distantes. ¡Con mucha verdad llamamos dichoso al que piensa y no se olvida que es mortal!

Un hermano así a otro de la mano;
La muerte se interpuso entre los dos:
Como a la unión de miembros gemelos
Los cortó y separó,
Al hermano arrancando del hermano.
¡Cuánto más dichoso llamarás
A quien se apartó de todos
Para buscar al Señor!
La muerte, echando a suertes, se robó la vida.
Encorvó a una estatua prócer,
Quebró y deshizo sus miembros,
Ante la casa abrió una tumba humilde,
En ella colocó los cadáveres transportados
Y en ella sepultó su grandeza y su hermosura.
¡Digno es de alabar Aquel,
Porque a la soberbia de los hombres opuso el sepulcro de Eliseo,
Confundiendo así a los que siguen la sombra de la gloria engañosa.
La muerte cayó de repente en la cama matrimonial,
Acabó las nuevas bodas,
Dejó vacío el lecho conyugal:
Ipsa facto, los epitalamios se troncaban por endechas
Y los bailes en llantos.
¡Dichosa virgen, que quedaste tal!
Se te ha concedido vivir lejos de tu consorte para vacar a ti.

¡LO QUE DICE LA TUMBA!

Contempláis ante vuestros ojos, hermanos, los cadáveres llenos de un humor acuoso, pestilente, en estas tumbas. Admiraos de la audacia de la muerte, que ha corrompido a nuestra naturaleza y ahora la deja en este estado de abyección. Confundió a Adán y pisoteó el orgullo de su raza.

Que no por eso desespere el hombre: es tierra; volvió a la tierra; nació y murió, pero revivirá Dios, de quien es propio el compadecerse, en el día último del mundo retocará su obra y restaurará lo que estaba corrupto.

Segunda vez os pido que no os avergüence el tener que pasar por el sepulcro: es muy provechoso, hermanos, contemplar las carnes marchitas, que se deshacen a pedazos, y allí, en ellas, esa hediondez que exhalan los gusanos y los montones de cadáveres que la muerte ha hacinado en Hamán, lugar destinado a los difuntos y los esqueletos arrojados, receptáculos de gusanos y de polvo. Estas cosas reprenden a los soberbios, ruborizan a los lujuriosos locos que en tiempos tristísimos fingen y se prometen la felicidad. Consideradlas también vosotros, jóvenes, quienes antes gustaba de ir muy aseaditos y luciendo vuestra prestancia; miradlos y ved qué traje se han puesto los muertos en la tierra del llanto y del luto: la muerte, cual rápido torbellino, aventó todos sus ornatos postizos. ¡Oh, qué olores mefíticos a pus y materia arrastraban consigo aquellos cuerpos, a los que, sepultados ahora, todos rehúyen y de los que se horrorizan afines y parientes!

Venid aquí; acercaos, príncipes y sátrapas, cuyo vicio ingénito es la soberbia; entrad y mirad bien los sepulcros que pisáis; parad mientes a qué grado de desprecio no desciende nuestro ser y sacad en buena lógica cuán fácil es ensoberbecerse, en lo que vosotros ponéis tanto cuidado, siendo la muerte término de todas las cosas.

Los cadáveres enseñan a sus espectadores lo que los libros están repitiendo: a aquel estado, que tanto estupor les causa, llegarán todos los hombres. También vosotros, los que os dejáis seducir por las dignidades y los honores, echad una ojeada a estas tumbas para que veáis, como nosotros, cuál es la vergüenza que nos aguarda. A quienes aquí contempláis fueron unos reyes llenos de condecoraciones; otros, jueces que ocuparon poltronas y llevaron birretes en sus días de

gloria y les pasearon en carrozas de oro. Vedles ahora: a todos, mezcladas sus cenizas con el polvo del vulgo innoble, a todos les pisan indistintamente. Pero no es de extrañar que un mismo fin tuviesen ellos, pues tampoco fue diversa su naturaleza.

No faltéis tampoco vosotros, jóvenes, a este espectáculo aleccionador, a quienes os gusta la elegancia en el vestir, el acicalamiento en vuestros cuerpos; a vosotros no dejará de seros provechoso el mirar, aunque sea una sola vez, estas tumbas. Volved a ellas vuestros ojos y aprended de este polvo que la hermosura del rostro y prestancia del cuerpo con una vestidura frágil, un don caduco de la naturaleza, y, al contemplar la fealdad de este lugar, pensad que no está lejana vuestra conducción a este destierro; formad el propósito firmísimo de despreciar las esperanzas falaces de los hombres y sus vanas elucubraciones: en un abrir y cerrar de ojos se disipan y evaporan...

Los que soñáis despiertos venid pronto aquí; mirad bien y con atención estas tumbas, y si podéis, distinguid al rico del pobre: las cenizas de los dos concurrieron para levantar este solo montón.

XXX

LA ORACION DEL MORIBUNDO

¡Posada concedida a mí para breve descanso! ¿Por qué me prometías un tiempo largo? ¡Mar, receptáculo de pecados! ¿Por qué a mí antes anegados en ellos, me has estado revolviendo en tu profundo sueño? ¡Oh muerte! ¿Por qué repentina me arrastra al luto? Conociendo bien mi impotencia para pagar, me acojo a la misericordia de mi Creador: confío que El saldrá mis deudas. ¡Oh mundo falaz! Antes que yo llegase a tener razón y a pensar por mí mismo me forzaste a tributarte el culto de la vanidad; tú, con la esperanza de lucrarte, me obligaste a despedir el mensajero que hacía atrayente la virtud; tú me hiciste caer en los lazos, como a la avecilla incauta, a la que ofrecen unos pocos granitos de trigo: al querer tragarlos me ahogué.. Una sombra ligera, inconsciente, era lo que tú me enseñastes a palpar y aprisionar entre mis manos; así, distraído yo con afanes fementidos, tú, cual fornido jayán que se despierta del sueño, me oprimiste y sujetaste. Los ladrones cuanto hallan y ven ante sus ojos lo llevan, y contentos con el robo, se dan a la fuga; mas tú me rodeaste con

astucia y, no contento con mis vestidos exteriores, me has desnudado y has llevado contigo hasta los adornos que hermoseaban mi alma y ante el mundo entero me hiciste aparecer pobre, desnudo, desterrado y lleno de miserias.

¡Ay! cuando tú me mostrabas sombras y fantasmas, yo, ávido de placeres, temeraria y alocadamente caminaba en pos de ellas; al cogerlas me alegraba pensando que serían duraderas. Mas apenas hube entrado en la adolescencia, cuando, ufano con la hermosura de los años floridos, empezaba a triunfar, la muerte, ladrón repentino, me arrebató la alegría y los placeres y los segó cual flores que empezaban a extender sus pétalos. Vedme aquí presa del dolor y que todos mis sentidos se estremecen: los párpados se me han secado de tanto llorar; vivo en un continuado luto; mis ojos no cesan de derramar lágrimas y mis manos y mis pies están agarrotados. ¡Mi buen Jesús: que mi esperanza, te ruego, desate estas cadenas! Nunca me olvidaré de tan grande beneficio.

Apenas me había hecho a la mar, cuando las olas, agitadas de repente, me llevaron las mercancías que había recogido con mucho trabajo. ¡Ay! Ojalá hubiesen perecido ellas solas y yo me hubiese salvado; pero no sucedió así, que la fatalidad me arrastró con ellas.

Cuando nací, el mundo, lugar de lágrimas y de tristeza, me recibió llorando; cuando, terminados mis días, me instaban a abandonar la luz, el mundo pidió que me diesen el viático para emprender el larguísimo camino de la eternidad y otra vez ofreció por mí el tributo de las lágrimas, suspiros y gemidos.

Después comencé a implorar la clemencia del Juez para que, compadecido de este ser abandonado de todos, condenase las penas ya decretadas. Alguna vez la imagen de la muerte, que se me presentó en sueños, me llenó de espanto. Siempre que me acuerdo del sepulcro, un miedo cervical se apodera de mí. No ignoro que está cercano el día de la muerte, el día en que se descompondrá la trabazón de estos mis miembros y yo, sacado de este mundo, iré a parar en la hoguera que me está preparada.

Señor, al recibirte a ti comí el antídoto de la mortalidad: por Ti espero y confío evitar las llamas, pues, aterrorizado con el temor de la muerte, varé en la playa de la penitencia. Y aunque lo que he trabajado no pase de una hora, seguro estoy de que no me negarás el lugar entre los últimos obreros.

Porque aquí alabé tu misericordia,
Perdóneme allí, aunque indigno, tu justicia,
Y porque te lo he suplicado,
Guárdame
Y sácame del fuego.

XXXI

LA AURA DE LA RESURRECCION

Cuando amanezca la aura de la resurrección los miembros de los justos, despertados con la voz de la trompeta, se juntarán y desde sus tumbas, vivificados por el soplo divino, subirán a los cielos. El que creó el cielo y la tierra los renovará y restaurará su obra; el mismo que lo hizo la volverá a su primer estado.

Cada uno dará cuenta de sus actos; a quienes halle dignos de su convite regio les inscribirá y no permitirá que nadie falte a la cita. Entonces los hombres a quienes la virtud sublimó y colocó en el cielo se alegrarán y cantarán epinicios de victoria, y al sonido de la trompeta, al momento, reunidos en apretado haz juntamente con los ángeles, precipitarán a la muerte en los infiernos.

Y al aparecer los ejércitos celestiales, los pecadores pagarán las penas merecidas, y serán echados a la cárcel oscura y a las llamas, ellos, que, hinchados con sus riquezas, despreciaban a los justos.

Las puertas del Paraíso, cerradas al llegar ellos, se abrirán de par en par. El querubín que hace de portero les recibirá con todo respeto, y yendo a su encuentro, muy gustoso tocará un pasacalle alegre con la cítara. Y viendo luego venir al Esposo desde el Oriente, que avanza con grande majestad, al instante cesarán su penas y, traspasando el aire en rauda vuelo, caerán de hinojos ante el Juez, adorándole. El, hablándoles con palabras llenas de benevolencia y acogiendo, dulcemente dirá: “Venid, herederos del reino inmortal, y colocad en vuestras cabezas las coronas que habéis ganado a puño con vuestro trabajo.” A los culpables y a los inocentes va a probar el fuego explorador; por él pasarán también los justos, para ellos agradable, placentero. Otra será la suerte de los malos: les abrasará, cebándose en ellos. Será destruido el abismo, la tierra quedará desierta y vacíos los sepulcros, y los hijos de Adán, sacudido el polvo, subirán al cielo siguiendo al Señor.

XXXII

LOS LIRIOS DEL JARDIN DEL CIELO

Son los niños, Señor, tu porción querida;
A ellos les darás las sillas en el cielo sobre las estrellas.
Hazles, te lo suplico, nuestros intercesores.
Te alabaré en gran manera,
Porque tales convidados mandas sentar a tu mesa.
El Reparador de nuestra salud abrazó ante el pueblo a los niños
Y delante de todos los bendijo.
Para mostrar que le agradaban la pureza y la inocencia de esta vida.
Vio el que en sí mora, como de asiento, la justicia,
Que las iniquidades de los hombres habían crecido mucho,
Que, aplastada la inocencia,
Por doquier reinaba la contumacia de los malos.
Llamó junto a sí a la falange de los niños
Y la colocó en la mansión de la gloria,
Mandando al mundo al Profeta.
Cual lirios trasplantados de una tierra inculta y desolada,
Los niños han crecido en el invernadero del jardín;
Como perlas preciosas han sido engastados en la corona del Señor.
Han subido de este suelo;
Allá alaban sin fin al autor de su felicidad.
¿Quién no se regocijará viendo a los niños en el cielo?
¿Quién llorará su muerte?
Por ella escaparon a los lazos de los vicios.
Plegue a Dios que, con su divina gracia,
Consiga yo tal fin y pueda gozar del convite de su felicidad.
Alabado y glorificado sea el Dios óptimo y altísimo,
Que sacó de la tierra a los niños y se los dio al cielo,
Libró a los parvulitos de las miserias de esta vida,
Los trasladó a la mansión dichosa
Y puso a seguro su felicidad suavisima.

XXXIII

LA ALABANZA DE LOS PARVULITOS

Para Ti, Señor Dios nuestro, es ya perfecta la alabanza
Salida de la boca de lo infantes que no hablan
Y de los niños que maman.
Son inocentes corderitos que crecen en el jardín de las delicias;
Hechos moradores del reino celestial,
El Espíritu Santo dice que se apacientan con las hierbas verdes,
Las que crecen en los montes nemorosos.
Allí siguen al arcángel Gabriel, pastor de este rebañito de elegidos.
Han conseguido las gradas de los que vivan piadosa y constantemente,
De las vírgenes que se aventajan en dignidad:
Son hijos de Dios y linaje del Espíritu Santo,
Moradores del cielo, familiares del Altísimo;
Viven en la tierra que el pecado no manchó;
De este suelo sujeto a maldición no guardan ellos memoria.
Pero vendrá el día venturoso entre todos:
Sus cuerpecitos oirán la voz de Dios y saldrán de sus sepulcros;
Aquel día la lujuria, enemiga de la virtud,
Irá humillada y confusa en su presencia,
Como quien ha sido impotente para conquistar sus almas;
Cortos fueron sus días acá en la tierra;
El Paraíso ha recibido en su seno para vivir eternamente;
Sus padres lloran por estar privados de su presencia:
Su sola aspiración es la de volver a juntarse pronto con ellos.

XXXIV

¡A TODOS IGUALA EL SEPULCRO!

Meditaba junto al sepulcro en que he de ser enterrado y quise saber de quiénes eran los cadáveres que allí yacían.

Al entrar en la huesera me encuentro a jóvenes a quienes había yo conocido, jóvenes muy inteligentes, ya reducidos a polvo: su hermosura, que antes me cautivó, había desaparecido enteramente. Estupe-

facto ante aquella mudanza, ¿dónde está, me decía, aquella elegancia? ¿Quién ha reducido a la impotencia aquel vigor juvenil de los años floridos? Todo ha venido a reducirse a ceniza, y deshecha la unión, la disposición, la proporción de las partes, todo está confuso, todo destruido. ¿Y el fulgor de aquellos ojos? ¿Y la belleza del rostro y la proporción admirable del cuerpo, dónde están? Comprendí que todo había sido sombra: disueltas y desatadas aquellas ligaduras y junturas de los miembros, de toda la hermosura del joven ya no quedaba nada. Y comprendí lo caduco de nuestra naturaleza y exclamé. ¡Oh, a qué vendremos a parar! Y me admiraba la astucia del diablo, que se arregló para lanzarnos en tanta miseria, y pensaba que yo mismo estaba sujeto a este mismo suplicio y que muy pronto caería en estas tinieblas, y derramé copiosas lágrimas. Consideraba alegre la vida de este mundo al compararla con la cárcel del sepulcro, al que me veía impedido, y resolviendo en mi imaginación cuán grande mal era el que me estaba aparejado, me lamentaba de mi triste situación. Después, levantando mi pensamiento a la consideración de la nobleza primera de nuestro ser y comparándola con nuestro luctuoso fin, exclamé: ¡Ay, ay, en cuántas calamidades nos sumió Adán a sus hijos! Yo, que había visto en el cenit de la gloria y la prosperidad a tantos y los veía entonces en sus sepulcros deshacerse en la podredumbre más fétida, ¿cómo no iba a llorar y gemir? Y al hacer la comparación entre los que vivos conversaron con nosotros y los que veía ahora muertos en sus tumbas, entristecido ante aquella imagen, me repetía a mí mismo: ¡Oh desdichada descendencia de Adán! ¡Oh, qué mala suerte se te depara!.

Hoy vivimos, hablamos y tratamos de mil cosas y mañana, sin poder decir palabra, estaremos sepultados y confundidos entre tantos otros que ya no hablan tampoco. La hermosura del que hoy te admira y deleita, mañana, cuando le veas mudado, te horrorizará y te hará huir de él: el que hoy despide suaves olores, mañana insoportable hedor; al que hoy ves correr, mañana le verás inerte; al que todos le tributan honores casi divinos, todos le dan la presidencia, mañana verás que le llevan muerto y poco después pudrirse en la tumba. Mira: guarda silencio, duerme, se pudre. ¡Qué gloriosa la entrada de Adán en la vida! Pero ¡qué despreciable, qué sucia su salida de este mundo! Al nacer le recibió el Paraíso, al morir le cubrió la noche oscura. Cuanta mayor fue su gloria al nacer, tanto mayor su ignominia al morir: los días primeros de su vida los alegró la sombra del Paraíso y

la podredumbre y los gusanos le infaman en el sepulcro. ¡Qué alegre fue su estancia en el Paraíso! Pero, ¡qué sucio y horrible su olvido en el sepulcro! Allí obtuvo los mayores honores, aquí las mayores ignominias. Su primera morada fue casa de placer; la mitad de su vida, tiempo de calamidades y trabajos; su fin tristísimo, misérrimo. ¡Oh muerte del hombre, qué llorosa eres! ¡Miserables, de dónde hemos caído y en dónde nos hemos hundido! Hemos sido arrojados del Paraíso y echado en un sepulcro, expulsados de la compañía de los ángeles, perdidos los deleites del jardín deliciosísimo para ser entregados como presa a la corrupción, a los gusanos, para paseo de las serpientes. Así aquella gloria primera, que llenó de resplandor a nuestro primer padre en el Paraíso, la recogieron los rebaños de gusanos, que comerán nuestros cadáveres y trocarán en la pocilga más infecta la hermosísima casa de nuestros cuerpos, obra insigne del Padre Eterno, entregada para pasto de la polilla. Por haber caído Adán de la cumbre de su gloria y dignidad, sus descendientes vinieron a parar en un sepulcro. La causa de tamaño mal no fue otra que la culpa de Eva: ella se convirtió en autora de nuestra caída y de nuestra muerte en el momento que se dejó prender en las redes dolosas del diablo. Este, valiéndose de la serpiente, la fascinó; después venció a la cabeza de nuestra raza: inútil es que busques tú otro origen a nuestras miserias.

Todo esto, hermanos míos, todo esto me recordaba yo al encontrarme entre tantas tumbas, cuando de repente mi alma se remontó más arriba y quedó suspensa en la contemplación de la justicia de Dios, pues la muerte declara al Juez y quien sea, un juez que a todos por igual encierra en el sepulcro. No respeta los cetros de los reyes, no distingue entre grandes y plebeyos, sino que, como en apretado montón, trae a príncipes y súbditos, a ricos y pobres; y así como la justicia de este equísimo Juez, que ha de distribuir a cada cual según sus méritos o deméritos, sin hacer distinción de personas, así la muerte no distinguirá tampoco fijándose en las apariencias en aquel momento, cuando ha llegado la hora prefijada. Por tanto se llevará al rey desnudo, como suele llevarse a otro cualquiera de la plebe, y como al más bajo, a él también le atará al cepo para arrastrarle con el plebeyo hasta el sepulcro. La muerte despoja de sus insignias a los reyes, reduciéndolos a simples ciudadanos privados; al llegar a su puerta todos dejan el ornato con que acá se ataviaron para figurar: ella humilla a los soberbios que soñaron cosas grandes, y acabado el funeral, los lanza a la cárcel tenebrosa, y no tratará mejor a los que se jactan

de su fortuna y están muy pagados de sí; antes bien, los arroja al calabozo común en donde se hallan detenidos los malhechores, para castigarles con las mismas penas: a todos los hombres iguala el sepulcro. Este invento se encontró como remedio poderosísimo para humillar su soberbia, para que entendiesen que no debían enorgullecerse ni tenerse más que los pobres y los débiles; por eso también ellos fueron condenados a sufrir igual corrupción y fetidez.

Sigue más adelante y contempla, una vez más, la justicia equísima de este Juez, la que nunca manchó la dignidad del poderoso ni doblegó jamás la opulencia del rico. Visteis a un rey venerado antes por las insignias de su dignidad y colocado en lo más alto de la gloria y del honor y vedle ahora reducido a polvo. En uno y otro estado de este rey alaba tú al Altísimo y admírale. Alcanzaste a ver a aquel rey vestido de púrpura y escarlata, ovacionado por todos; contéplale ahora, puesto en el sepulcro como el común de los mortales, y bajo su cadáver mira las polillas y los gusanos. Fuiste testigo de los honores y servicios que se le tributaban, cual si fuese Dios, y que él se arrogaba a sí solo; pero al que hoy todos preferíamos y dábamos honores divinos, mañana le verás difunto y pudrirse en la tierra entre el desecho de la plebe y pisado y mofado de todos.

Yo me admiraba de esta igualdad tan grande de todas las cosas humanas y que llevaba a todos la muerte sin distinción, igualando a los altos y bajos, y me imagina ver un símbolo de la justicia de Dios en el gusano, que también sin distinción roe y consume todos los cuerpos.

.... El nacimiento, la muerte y la corrupción de los cuerpos son iguales para todos los hombres: en estas tres cosas nadie aventaja a otro, nadie es mayor o menor que su vecino. La resurrección también será común a todos: a todos, buenos y malos, en la general restitución de los muertos se nos devolverán nuestros cuerpos. Digo que todos resucitaremos igualmente, aunque no a todos se darán iguales premios o castigos. Estos serán, según examen justísimo, proporcionados a los méritos de cada uno. Después, en la distribución, se nos dará el lugar que nos hayamos preparado cada cual, y ese ocupará eternamente. La resurrección será común; pero el juicio o examen particular, de cada uno. Mira qué lugar y qué casa te preparas mientras vives; la que tú edificas, esa te darán...

Pero ánimo, hermanos; arriemos velas, cambiemos de ruta, y reconocidos a los beneficios de nuestro Salvador, que bajando a este

mundo aseguró a nuestros cuerpos la inmortalidad, pensemos un momento, esta verdad, la verdad de la resurrección. Demos gracias al Padre Eterno, que se dignó hacer a su Hijo allegado nuestro para que, oscurecida con el vestido de nuestra carne la majestad de su propia naturaleza, también gustase la muerte y con su resurrección anunciase y representase nuestra reparación. Sapientísimo médico, gustó el primero la medicina que daba al enfermo para animarle a tomarla, pues viendo que los hijos de Adán tenían horror y miedo a la muerte, con su muerte nos le quitó. De aquí el que después de muerto Jesucristo nos parezca la muerte un sueño y una reaparición del cuerpo, que durarán sólo hasta nuestra resurrección.

Dulcísimo y benignísimo Señor: reconocidos estamos a este tu beneficio y te alabamos, pues al salir Tú vivo otra vez del sepulcro, nos dejaste escrito el modelo de nuestra resurrección y, hecho primogénito de los muertos, nos diste la prenda segura de la inmortalidad que nos has de conceder: en Ti esperan los muertos al prometerse ellos resucitar también un día. Tú eres el sol: pues ábreles el día, te lo ruego; devuelve la alegría a los tristes. La tierra cubre a los muertos como cubre a la semilla que el labrador le ha confiado; Tú, Señor, envíale la lluvia vital, y con esa humedad rociados, los cadáveres retoñarán con nuevo vigor. Los muertos yacen humillados en la gleba; mas si tu rocío se vierte sobre ellos, cual campos sembrados, producirán al instante copiosa mies en los surcos que abrió el arado. Su silencio espera la voz de tu mando: están pidiendo tu luz en sus tumbas, en la que tienen puesta la confianza de su vida inmortal y de poder abrir sus bocas para alabarte y darte gracias por la victoria que han alcanzado. ¡Señor clementísimo! Pléguete por fin levantarnos de nuestra postración, ordenar la trabazón de nuestros miembros y rehacer los cadáveres, reducidos a ceniza; con tu hálito de vida confiamos que repararás las pérdidas sufridas hasta el presente. No nos queda sino ensalzar los beneficios que tu bondad ha obrado en los vivos y los muertos. ¡Señor! Tus hijos estos, los postreros, celebrarán tus méritos inconmensurables y en adelante no se oirán más que alabanzas a tu nombre.

¡VANIDAD DE VANIDADES!

Al recordarme del último día fijado por el Redentor para su venida, presa del temor del juicio futuro, me temblaron las carnes: no se me ocultaba que sería día de sentar en las sillas de los bienaventurados a los atletas vencedores. Aquel recuerdo y representación me sugirieron lo que ahora os diré. Acercaos, hermanos, compañeros y padres jurisconsultos, y parad mientes en ello, os ruego; no os detendré mucho. Estáis viendo que se me escapa la vida. ¿Qué de grato tiene ésta, qué otra cosa es sino dolor? ¿Qué condiciones y estados tan distintos! ¿Qué inestable, qué tornadiza su fortuna! Todo lo humano acaba, corre y desaparece; todo menos la verdadera fe, la verdadera santidad, cosas ambas que nunca nos deben avergonzar ante el público.

Recordad cómo se llevó la muerte repentina a nuestros mayores: bien sabéis los trabajos que hubieron de soportar y con cuántas calamidades fueron probados. Ahora, con el correr de los años, la tierra se ha tragado a los muertos y se los ha asimilado; cayeron reyes poderosísimos y con su caída aplastaron a los reinos: las tierras que ellos sometieron no fueron potentes para sostenerles en su ruina, ni los pueblos subyugados, por ellos con las armas les dieron ninguna esperanza, y en su aflicción no les ayudaron sus riquezas, más copiosas que las arenas del mar, ni sus posesiones, casi imposibles de conseguir en los catastros.

Fueron ellos quienes fundaron ciudades para perpetuar la fama de su nombres a través de los siglos; quienes las amurallaron con altas almenas, las fortificaron con castillos y quienes erigieron en ellas grandes estatuas y mandaron pintarlas, pensando que serían testigos y monumentos perennes de su poderío y de su gloria. Mas, ¡ay! la muerte ha destruido sus castillos en el aire, la muerte ha desbaratado sus planes: a ellos mismos les ha despojado de sus bienes y de la vida y reducido a cenizas sus cadáveres.

Fueron aquellos magistrados que brillaron un día, encumbrados en los más altos puestos, y que toda su gloria fue viajar en coches ricos tirados por caballos los más veloces y mejor enjaezados. ¿Y qué? ¿A éstos no les precipitó la muerte repentina y no les robó y dio con ellos en la tumba? ¡Oh! Ahora sus cuerpos podridos son pasto de las lombrices y gusanos.

Alguien preguntará: ¿Dónde se encuentran aquellos generales valientes, conocidos por sus hazañas en el gobierno de la república y en los campos del honor? Pues también a éstos una idéntica suerte los ha inscrito entre los desaparecidos vulgares para dejarlos pudrirse en el polvo de donde salieron. O decidme: ¿a qué tierras se fueron los ricos, a quienes abrasó la sed insaciable de amontonar oro y atrojarlo para los años de la vejez? Ved cómo les robó la muerte los dineros que reunieron. ¿Queréis más? ¿Queréis saber cómo acabaron en breve las elegantes féminas, las hijas de Eva, con la hermosura de su rostro, el talle y toda la apostura de su cuerpo, sus amplias y ricas hopalandas? Como a las demás, también a éstas se las llevó y redujo a pavesas la muerte.

Hermanos, no hizo el oro a ninguno inmortal, ni los latifundios alargaron la vida a nadie más allá de los términos prefijados, ni eximieron del tributo de la muerte tirana sus cetros a los reyes: la fortuna de los poderosos y de los príncipes es caduca y perecedera y de su caducidad dan testimonio la muerte de sus cuerpos y sus nobles cenizas.

La muerte hizo caer a su pies a los mismos caudillos de los pueblos que impusieron leyes a otros y acumularon crímenes; al yugo de la muerte se sometieron los tiranos que hundieron a las repúblicas con sus iniquidades; tampoco perdonó a los ricachones, a quienes su avaricia les enseñó a considerarlo todo como vanal, y menos dejó impunes a los ladrones; a estas dos clases de hombres les da a comer polvo en vez de oro.

La muerte llama y juzga al navegante, avezado a desafiar las olas en frágil navecilla; contra su voluntad se lleva a los literatos porque despreciaron la verdadera sabiduría; a los que se pagan de su ingenio y de enterados de las cosas les quita la voz y el entendimiento; a los filósofos, que todo lo quieren indagar, les para en sus elucubraciones; deja sin movimiento allí al ladrón, oprimido por su raptor; acaba con la esclavitud colocando a la diestra del supremo Señor a los siervos; el arador ya no romperá la tierra con la reja y acabará la muerte su labor, y la muerte también postrará en el polvo a los avaros, que no pusieron moderación a su codicia de los bienes caducos, y la muerte frenará el orgullo del jactancioso y la inmodestia de los ojos.

Después de la muerte no serán necesarios los zapatos trabajados con mucho primor, que allá los pies estarán oprimidos en duro cepo, y los vestidos preciosos, desgarrados, podridos, acabarán en el polvo: el

lazo insoluble de la muerte impide salir del sepulcro a los cadáveres desnudos.

¡Ah! No descenden a la tumba ni los magníficos palacios ni los aparadores ni las camas blandas de los ricos encerrados en aquella cárcel; todo esto pasa a manos ajenas: que no se lleva allá los bienes quien deja este mundo y tampoco lo que lícita o ilícitamente allegó; aquel justísimo Juez lo aquilatará todo.

Una trompeta dará el carinazo para anunciar la próxima venida del Hijo de Dios y a su sonido se conmoverá el orbe entero, sacudido fuertemente. El sol y la luna disminuirán su luz; los astros pararán sus acostumbrados movimientos; los cielos perderán su ornato; lo que el arte excogitó y fingió, combinando las perlas y el oro, se reducirá a la nada, y la devastación y la soledad asolarán las grandes urbes. Los buenos irán al reino prometido y, trasladados al Paraíso, gozarán por toda una eternidad; los impíos rodarán hasta el infierno, castigados a penas merecidas: allí, reprendiéndoles la conciencia sus pecados, gritarán: *Justo es tu juicio, Señor, Rey nuestro.*

Obrad, pues, hermanos, como cuerdos y ayudémonos mutuamente con nuestras exhortaciones. El que siente remordimiento de los pecados cometidos en su vida pasada, que los redima con la limosna; el que fue charlatán y se acostumbró a murmurar del prójimo cuantas veces se le presentó la ocasión, que pese bien las palabras y refrene su lengua y no diga lo que no debe y aprenda a temer el juicio de Dios; el que amontonó más alimentos de los que le bastaran para muchos años conténtese con poco y no ande solícito del mañana, que es incierto; y a quien le abraza la avaricia el pecho, que mire el ejemplo de Giezi y tema su muerte desastrada; mas el que acostumbró a repartir con los pobres los bienes de su pobreza que no se olvide del santo Job, que imite su ejemplo, que él partía su mesa con los hambrientos: el que así obre tendrá la misma gloria que Abrahán. Que todos, hermanos, tengamos unos mismos ideales y preocupaciones: la salvación de nuestras almas. Obremos de modo que vea El, que es bueno, nuestra voluntad y sincero amor a El, para que nos abra sus puertas y nos reciba en su casa y vivamos de su misericordia.

ALTERCADO ENTRE LA MUERTE Y EL DIABLO

Oí altercar la a muerte y al diablo sobre quién de los dos era el enemigo más poderoso del hombre. La muerte exageraba su poder, capaz de sujetar a todos los mortales; el diablo sus mañas, con las cuales, cuando le place, suele precipitar a los hombres en los más horrendos crímenes y perderlos.

Por favor, asistid y juzgad vosotros, no sea que ambos se atribuyan injustamente la victoria sobre nuestra pobre naturaleza, cuando sucede todo lo contrario, que, vencidos uno y otros, nunca triunfan y no les queda ni la esperanza de ganar.

—¡Ven acá, Muerte!— gritaba desaforado el diablo—. ¿Por qué insultas a los soberbios y a los buenos? Son hijos de tu Señor y al presentarse ante ti no obedecen a tu poder, sino al mandato de su Padre.

—Pero a ti, malvado tentador— replicaba la Muerte—, a ti te obedece el que quiere; yo a todos me los arrastro forzados al sepulcro, sin que les valga su resistencia.

—¡Mentira, mentira!—respondía el diablo—. Me avergüenzo de que me llamen tirano y de tener esclavos en vez de hijos; por eso me complazco en seguir camino distinto y me valgo de promesas y de placeres para tener súbditos voluntarios y contentos y no forzados y que obedezcan a remolque.

—Mas si quienes te dieron el poder —le instaba la Muerte— te le quitasen, ¿serías capaz de infringir su mandato? ¿Quién ha sacudido nunca mi yugo o quién podrá desasirse de él?

—No seré yo quien lo niegue —replicaba, más acobardado ya, el demonio—; pero confiesa también tú que se sujetan a tu yugo únicamente los que, por faltarles las fuerzas o la salud, se ven obligados a ello. Yo, en cambio, salgo victorioso con tanta mayor gloria cuanto mayores son las fuerzas, las riquezas y el poderío de mis enemigos.

ESTRAGOS Y CASTIGOS DE LA PESTE

Ha publicado la muerte luto general; ha estremecido a los pueblos y a las gentes, a los reyes y a los príncipes, a los gobernadores y a los sátrapas; ha bamboleado toda la tierra; ha sacudido las islas y los mares y ha removido en sus cimientos a todo el universo; ha acelerado las edades y los tiempos del mundo y ha cavado una sima profundísima y muy ancha: la tumba preparada para receptáculo de los cadáveres de todos los siglos.

Sentada está en medio de la región de los muertos y cortejada a la usanza de los reyes; junto a sí tiene el confuso tropel de los seres humanos, cuyo número sólo ella conoce. La Muerte, a quien nadie puede eludir, a todos los ha arrastrado junto a sí. A sus pies ha postrado a la mayor parte de nuestra raza y la ha echado a la oscura cárcel, y a los vivos, que hablan, con los muertos, que no dicen palabra, les ha mezclado en confuso montón. Son visibles todos los sepulcros, pero los palacios grandes cerrados están y llenos de inmundicia: los primeros repletos de cadáveres y sin habitantes los segundos. Transita por el camino del cementerio una multitud de hombres y el de la vida se va quedando desierto; el abismo y el pudridero no se sacian ni las tumbas dicen tampoco. “¡Ya basta!” Todo se va quedando yermo, sin vida, sin fuerzas: las casas vacías, los trabajos parados e incultos los campos. A todos obliga ya el buscar un sepulcro, y el sepulcro les tiene preocupados de día y de noche y nadie deja este cuidado para el día venidero; todos solícitos por prepararse la tumba donde descansar: el sepulcro ya les parece mejor que la cama más blanda. Cada cual se ocupa en tallar bustos, tantos como son los miembros de la familia. Los pobres se reparten el módico ajuar de que disponen mientras compran apresurados los paños para la pompa del funeral. El dinero y el oro ya no se estiman: la preocupación de todos es que no les falte una tumba para después de su muerte. De todas partes concurre al camino del cementerio una multitud ingente, pues es tanta la mortandad que apenas hay lugar para sepultar los cadáveres. Mientras tanto, unos celebran los funerales de los suyos por defunción de los embalsamadores o enterradores; están insepultos en los caminos los muertos; los montoncitos formados por los sepulcros impiden transitar libremente; la peste ha descompuesto los cadáveres insepultos.

Después, hasta el mismo cultivo de los campos y su tránsito por ellos extendieron el contagio. Y haciendo su aparición la muerte, vino la desesperación, y, como quienes no confiaban ya vivir, los hombres se preocupaban sólo de su sepultura, creyéndose bastante más pagados con ocupar la tumba antes de muertos que de verse privados de ella después de fallecidos. Los que quedaban sanos llamaban dichosos a los que arrebatada la peste, pues a éstos se les tributarían y harían las exequias de costumbre.

El suelo, infestado por los cadáveres en putrefacción, impregnó el ambiente de un olor fétido, insoportable; la belleza de los rostros desapareció por efecto del contagio con los cadáveres descompuestos; los jóvenes más agraciadas tornáronse más feos que el lodo, y la muerte convirtió en montón de gusanos los cuerpos más elegantes, los cuerpos más pagados de figurar en el mundo de la belleza.

Verías aquellas concurrencias a los sepulcros humanos, hombres, mujeres vivos y muertos: los muertos sepultados y los vivos llorando a los muertos; los rostros pálidos, sin figura humana: el esclavo ya no se diferenciaba del amo ni el que fue hermoso del poco agraciado. La peste lo invadió todo y, cual segador, cortó sin distinción a cuantos halló a su paso: arrebató a los niños de los pechos de sus madres y ahogó a los infantitos en sus propias cunas, y en el campo cogió a los jóvenes y en casa robó a las doncellas; mató al esposo en el banquete de bodas, convirtiendo los festejos nupciales en luto; descompuso y despreció futuras bodas, hizo rodar los lechos de los esposos, suprimió las músicas y los bailes y en las casas introdujo la tristeza y el llanto.

Aquel salía de la ciudad con intento de emigrar a otras regiones: la muerte se le hizo enconradiza y le mató; éste estaba para llamar en el umbral de la casa vacía y la muerte le respondió desde dentro; el otro había entrado en la plaza y la muerte no le dejó salir; otro pensaba emprender un viaje y la muerte le sorprendió y se le llevó; otro había preparado la mesa y la muerte se interpuso y le impidió gustar los manjares, ya aderezados, y otro escapaba de un amo sin entrañas y la muerte, saliendo al encuentro del fugitivo, le dio la libertad: a todo el que se hace enconradiza le prepara una tumba.

Las casas vacías llenaron y cubrieron las hueseras; los sepulcros abiertos se cierran al instante y las puertas cerradas de las casas denuncian la ausencia de sus moradores. Por todas partes desaparecen las risas, las alegrías; por todas parte reina el llanto, la tristeza; por

todas partes se extienden los gemidos, los dolores y el estupor. Ya la misma tierra llora las calamidades de sus habitantes y pide con muchos y suplicantes ruegos a la misericordia divina que, aplacada, ponga fin a tantos males. “Señor, Señor —dice—: modera a la muerte, que no se va a saciar nunca con nuestros muertos; mándale que contenga su mano de segar más vidas. Me he quedado desierta —dice— como una viuda; atónita, desatino ya: ni se si estoy en mí. Los caminos están desiertos y desiertas las casas y, muertos los ciudadanos, está silenciosa la plaza; escucha las voces de los muertos, mansísimo Dios; oye los gemidos de dolor. Lloran los campos las muertes, los arados se han parado, los ganados lamentan al pastor que les arrebató la peste y sin pastor andan errantes por montes desconocidos; el caballo está mustio, porque ha caído muerto el jinete, y con sus relinchos se duele del fallecimiento de su amo; los campos, por faltar el labrador, se llenan de malas hierbas, y, por falta de cultivo también, crecen entre las viñas, que pacen los ganados.

Suplícote, Señor, que selles ya las puertas del abismo y de la muerte y las tumbas que ella ha abierto con el azote de la peste. Sucias y malolientes están las casas, y por falta de transeúntes, veo tristes las cales, antes concurridas; las camas y las habitaciones despiden olores pestíferos de las heridas y a muerte huelen los caminos y las encrucijadas; dentro y fuera y por doquier, el aire infecto exhala un hedor pútrido de cadáveres. La muerte se ha erigido en nuestras mismas casas un lagar, conocidísimo en toda la redondez del orbe: en él ha hacinado a nuestro pueblo y le pisa y exprime como a las uvas.”

Hermanos: considerad y no olvidéis la causa por qué la peste se ha enseñado con nosotros. Aunque se haya enfriado nuestro corazón y se haya endurecido como las piedras, no por eso debemos dejar de sentir los males que nos han sobrevenido. Por tanto, vigilemos sobre nosotros mismos, que acaso, vengando Dios nuestros crímenes y mañana le odiamos. Aplaquemos, pues, a Dios con nuestras continuas plegarias para que al fin haga cesar la peste, para que, compadeciéndose de nosotros, aparte tantas calamidades y nos haga dignos de subir con él a las mansiones dichosas en el último día de los tiempos.

¡DESOLACION ATERRADORA!

¿Para qué inquirir lo que sucedió en tiempos remotos y lejos de nosotros? ¡Ay! La muerte está en nuestras propias casas y se ensaña contra los hombres sin distinción de edad; armada con la vara de la ira, no perdona: a padres e hijos lleva al sepulcro; sus cadáveres los oculta en la tierra; después que los huesos se hayan disgregado los aventará por donde lo permitan las distancias de las tumbas.

Los tiernos niños expiran entre los brazos de sus madres; cual hojas marchitas mueren los jóvenes, y los vientres que dieron a luz vivos también siguen a los muertos. Una madre falleció repentinamente cuando el niño mamaba su pecho o ella le besaba y jugaba y atusaba su cabello crespo; el niño, mientras tanto, balbucea el nombre de su madre y no siente que ha quedado yerta: ¡así suspendió la muerte los dulces cantos y suaves ósculos!

¡Ay, ay! ¿Dónde escapó aquella fuente inexhausta del amor materno? ¿Cómo se callan los labios cerrados, tan blandos cuando hablaban? ¿Por qué los frutos de sus entrañas ya no chupan besándolas? Amigos, ¿por qué no os subleváis contra una madre cruel que no siente la necesidad de auxiliar al hijo que se va a morir en su regazo? Mujer, ¡qué dura, qué bárbara eres, que no te ocupas ni siquiera del fruto de tu vientre! Qué, ¿acaso no es éste el que llevaste nueve meses? ¿Es distinto de aquel que para darle a luz te enamoraste y abriste un hogar para ser madre y tener un heredero de tus bienes? ¿Qué pesadumbre te impulsó no sólo a abandonarle, sino a rechazarle lejos de tu presencia? ¿Tanto ha que, colgando de tu cuello, le estrechabas amorosamente? ¡Ay! ¿A qué esperas? Tiende esos tus brazos; levanta a tu hijo, madre cruel; colócale el pezón de tu pecho en su boquita, dale la leche, abrázale y estampa unos besitos en su cara.

¡Inexplicable luto! En este luto los espectadores no derraman lágrimas, no prorrumpen en sollozos; muertos los dueños, la soledad llena de espanto a las casas y nadie piensa que llegaría a suceder en ellos cosa igual. El ajuar y los bienes abandonados reclaman a sus dueños: ha muerto un padre, y su hijo, huérfano, camina errante de aquí para allá; en otro sitio una madre se desploma sobre el cadáver de su mismo hijo y los otros se quedan mudos y ahilados con tantas desgracias. ¿Para qué tanta preocupación de prolongar una vida llena

de lágrimas y tristezas, en la que vivimos con tanto tormento y dolor? Preferible nos fuera hallar la tumba que cubriese con tierra la ignominia de nuestra mortalidad, pues de temer es que, por prolongar esta solicitud, un día echemos de menos al enterrador, ¡qué ya son tantos los que fallecen y tantas las casas que quedan vacías! Han cubierto los caminos las camillas, amontonadas de enfermos, y los muertos, descuidados, abandonados en las encrucijadas, yacen por el suelo en presencia de los que esperan una muerte semejante.

¿Quién vio nunca o contempló escena igual, horrible y lúgubre? El escribano, al caer muerto, rompió la pluma y se abrió la cabeza en las tablillas; en un féretro llevan a dos juntos, a veces a tres, viéndoles su maestro caminar al sepulcro y arrasados en lágrimas sus parientes; con sus galas las jóvenes, con las coronas las desposadas, viejos, adolescentes y niños impúberes, todos amontonados, descienden a la tierra. Las mujeres, que se escondían antes en los gineceos para evitar las miradas del vulgo, ahora, como carnes muertas de perros, son arrojadas de las casas para que pisen sus cadáveres, y la costumbre ha desnaturalizado tanto a las gentes que, como las fieras, tampoco ellas lloran al acompañar a los muertos; más aún : ni les llevan ni les dan sepultura. El número de los cadáveres ha llegado a ser tan grande que, fatigados de enterrar, los sepultureros ya no se cuidan de su oficio y no se encuentra quien se ocupe de sus compañeros. Estamos en tiempo en que nos vemos forzados a hacer los sepulcros en las entrañas de los perros y de las fieras del campo.

¡Ah, hermanos! Levantemos nuestras manos suplicantes al cielo e imploramos con lágrimas y gemidos la clemencia divina. Socórrenos, Señor, en esta hora: te pedimos que apartes la peste, cada día más pujante; no permitas que los cuerpos de tus siervos perezcan y sean presa de los perros y de las aves de rapiña; defiéndenos de tamaña vergüenza.

Te ruego también que impidas que los recién casados, cuando todavía se preparan a vestir sus galas, caigan víctimas de la peste y sean sus cadáveres abandonados a las bestias. Tampoco permitas que hombres y mujeres que vivieron casta y santamente largos años sean arrojados a los caminos en la hora de su muerte para que los pisen los transeúntes cual asquerosas inmundicias.

Pero mientras nuestro infeliz pueblo, precipitado en tantos males, contempla el espectáculo que le ofrecen las cosas de este mundo, justo es que lllore las calamidades de nuestros hermanos y con dolor

acerbo y grandes gemidos invoque la clemencia divina antes de que la luz nos anochezca. A Ti, Padre e Hijo, te alaben los vivos y los muertos. Y al Espíritu Santo también ellos glorifiquen. Amén.

XXXIX

TEMOR Y ESPERANZA

Llamad, hermanos, bienaventurados a quien se persuadió de que la muerte es mal ineludible y por eso se prepara el viático para el camino de la eternidad.

—Sí te juzgamos bienaventurado, hermano, pues, sabiendo cuán efímeras y mudables con las cosas de este siglo, colocaste en el cielo el tesoro de tus buenas obras.

—Sin embargo, Señor, en el día que has fijado para juzgar y vengar los pecados de los malos dame tu ayuda por los méritos de tu Cruz santa, porque te compadeciste del ladrón.

—Confía, hermano, que el Rey del cielo aquel día vendrá a despertarte del sueño y vestirte el traje de la gloria.

—Así y todo, carísimos, me acongoja la muerte y me llena de tristeza, porque tengo que dejar para siempre vuestra compañía.

—Aunque así sea, tu cítara, que Dios trasladará desde nuestros coros a la Jerusalén celeste, tocará allá suavísimas melodías.

—Señor, te lo suplico: no apartes tu rostro de este tu siervo el último día de la vida, cuando tu divina majestad sustancie su causa.

—Pero confía, hermano, que Cristo no puede defraudarte y recompensará los trabajos que has hecho y por ellos te ensalzará según los méritos.

—Me inquieta precisamente eso, pues ¿quién va a estar sin recelo, cuando se que cada cual recibirá o será castigado según sus obras, como está escrito? Recréeme tu gloria, Señor, con tu luz cuando vengas; que tu gracia me levante y me introduzca en aquel reino, donde los justos, tus amigos, se gozan en la luz inextinguible. Tú la ayuda de los afligidos; te pido que tu piedad abogue por este pecador.

—Aquella esperanza que fomentaste en ti de día y de noche, esa será tu compañera cuando vayas a entrar en el Paraíso, cuando te amanezca el día de la resurrección.

—Cuando aparezca tu misericordia, Señor, ayúdame para poder

resucitar, para darte gracias por los beneficios mayores que de Ti he recibido, y de los que me confieso deudor en unión con los santos más esclarecidos en virtudes y de los mártires que ganaron lauros inmarcesibles.

Mientras vivimos, trabajemos por nuestra salvación para que un día podamos gozar de tu rostro y atestar tu liberalidad con nosotros.

XL

DOLOR SUMO ES PERDER TODOS LOS BIENES

¡Ay! Están sucios los sagrados templos:
No hay ya quien los frecuente,
Porque tú, Señor, a todos te llevaste,
Lloran a los sacerdotes, sus compañeros muertos,
Trasladados adonde la muerte no los vuelve.
Llorad, gemid ahora, ancianos;
Vuestro báculo ha sido roto,
No ha quedado quien os levante,
Quien sostenga a los flacos:
La muerte enemiga le quebró, le rompió y le sepultó.
A vista de tamaños estragos,
¿Quién de vosotros podrá contener el llanto,
Quién reprimir el dolor,
Quién no romper en rugidos,
Quién cohibir los suspiros
Al ver morir a jóvenes llenos de apostura y gentileza,
Cual flores arrancadas por torrente desbordado?
A Ti, Padre supremo, que nos criaste para tu gloria,
Te suplicamos nos conserves y defiendas piadoso
Para que no perezca la imagen augustada de tu rostro
Y se convierta en ludibrio de enemigos.
Te pertenece. Señor nuestro.
Mirar por la salud y seguridad de los que te imploran,
No hay género de muerte más triste
Que la muerte que sorprende al impío;
Su impiedad enciende la hoguera
En que se ha de quemar eternamente.

Para él no hay dolor consolador:
Dolor sumo es perder todos los bienes
Y desesperar de recuperales.
Pedimos a tu clemencia
Aparte de nosotros tan gran mal;
Guárdaos salvos, Señor;
No nos confundas a vista de los gentiles,
Que aun no te conocen.
Y porque la Ley que tu Majestad nos dio
No la hemos abandonado
Y tus mandatos hemos cumplido,
Líbranos, Señor, del juicio
Que viene veloz para condenación nuestra;
Líbranos de la justicia vengadora
Que amenaza con tormento a los reos.

XLI

JUICIO FINAL

Volaron mis días como un sueño, corrieron y se evaporaron mis años; la carga de mis delitos me está mostrando el juicio tremendo de la divina justicia y me asusta sobremanera, y por eso, con grande amargura de mi alma, clamo con el profeta: *No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque ningún viviente se justificará en tu presencia.* (Salmos 142, v. 2).

Averguénzate de dejarme deshecho en el sepulcro, pues eres Dios de misericordia; restitúyeme la forma perdida de mi cuerpo, movido a compasión, a fin de que, adquiriendo nueva hermosura cuando vengas, merezca entrar en tu reino.

“Cuando crecieron mis pecados —dijo Adán—, entonces se alteró el orden de todas las cosas que me eran propias. Los pecados me arrebataron la vida. ¿Quién me librará de tantas calamidades como me afligen? El gran mal que me quitó la vida fue el haber pecado en el Paraíso y desobedecido a Dios.” Sus hijos todos entramos irremisiblemente por el camino que él nos abrió pecando y como él nos separamos de la santidad de Dios. Señor: por eso todos hemos de volver pronto a aquella misma tierra de que hemos sido creados, tierra sujeta a todas las calamidades.

Pero acuérdate de mí, Señor, y perdona a este reo. Soy obra de tus manos: Tú me has modelado. Recuerdate de tu primer amor, que eres misericordioso y mansísimo. Llegará el día en que llamarás a los muertos a la vida; te ruego que entonces no me separes de tu compañía. Ayúdeme tu poder, que antes me dio el ser: mira que soy juguete del diablo; te pido que reprimas su saña. Nos has llamado a tus templos; no permitas que caigan en poder de nuestro enemigo carnicero: comido de la envidia, él nos arrebató aquella luz, que le ofuscaba, y desnudos nos arrojó a las tinieblas del infierno (abismo), de donde no se vuelve.

La muerte maldita preside y está sentada a las puertas para impedir la salida, hasta la misma esperanza de salir de allí, si alguna quedara de evadirse. Envía, Señor, del cielo a tu Amado, que rompa los cerrojos del oscuro calabozo; puesto que ha vencido a nuestro adversario, repara la desgracia que nos aflige.

Tienen los padres de familias de qué gloriarse si de veras guardaron el depósito y si hicieron producir los talentos que el Señor les confió y si ganaron justamente; El les recompensará la solicitud que desplegaron: el último día se manifestará, los sacará de los sepulcros, premiará su fe y, porque cumplieron sus mandamientos, les llevará al cielo y les dará la compañía de los ángeles. Te pido que tu poder sostenga a los hombres que te pertenecen por el bautismo; que los siervos vigilantes vayan a tu encuentro esperando confiados y, llevando las lámparas encendidas, merezcan entrar en tu reino.

Luchador valiente: el día del juicio será el fin de tus trabajos; has entrado en la palestra y has salido victorioso, has consumado la carrera y has guardado firme la fe; el Hijo de Dios recompensará tus esfuerzos: aquel día será para ti día de premio. Cuando salga el Oriente (Jesucristo) desde lo alto del cielo para redimirnos de las tinieblas del sepulcro, pídele, que las oraciones le son hostias y oblaciones gratísimas; confía que al venir el Señor también oirás su voz y resucitarás.

Hijos, recibid la doctrina de vuestro padre, el testamento de su herencia: uno y otra proceden del Señor y permanecerán para siempre. Menos su doctrina, **todo pasa**, todo es perecedero: el mundo pasa, pasan las ilusiones y los sufrimientos; sólo perdura la vida en aquellos que vivieron bien y la tomaron como tiempo de ganar méritos; éstos, al fin de los siglos, irán en busca del Rey, que vendrá majestuoso. Las cosas buenas que nos han enseñado, **ésas no pasan**; dadme, carísimos,

este consuelo de que todos, todos caminéis en la verdad y en la sana doctrina, pues así, cuando el Esposo se deje ver, yo también me alegraré de la felicidad de mis hijos.

Hermanos, recibid la palabra del Señor, para que, viviendo aquí casta y santamente, paséis allá al mundo que no tendrá fin, pues el Señor se mostrará misericordioso con los que se acerquen a El y le busquen con amor y les dará su gloria. A sus cuerpos les llenará de claridad y, cosa que no se puede explicar con palabras, El, como cabeza, configurará perfectamente a la claridad de su cuerpo al pueblo de su elección; allí los hijos de la Iglesia conseguirán los bienes que desde toda eternidad les fueron asignados. Este estado dichosísimo les ha preparado Cristo por el amor sumo que les profesa: a Cristo Jesús acompañarán al cielo, después de celebrado el juicio solemne, aquel día en que se nos dé a ver viniendo en majestad.

¡Ay! Me veo obligado a dejar todos los bienes allegados, hasta el vestido, y desnudo y pobre partir de este mundo, y todas las riquezas en que abundaba y la vida misma me abandonan: los honores, los tesoros se quedan en el dintel de mi mausoleo; no pueden pasar más adelante, adonde meten a su dueño. Se marcharán también mis parientes, me despreciarán: sólo el mirarme les ofenderá; y mi mujer y mis hijos, al verme despojado de mi primera honra, al momento se marcharán, aterrados por la oscuridad de la noche que rodeará a mi cadáver.

Ricos y poderosos, venid vosotros aquí y considerad cuál es la transformación que se opera en todo lo nuestro y cuál su paradero final, y si descubris en vuestra conciencia algunas manchas contraídas en la vida pasada y si os remuerden algunos pecados cometidos en tiempos anteriores, temed y temblad del fuego preparado para los malos y mirad cómo le evitáis vosotros.

Eres, Señor, la esperanza de todos y la vida de los que mueren, aunque para Ti no están perdidos los que mueren, sino dormidos: al primer deseo de tu voluntad se levantarán y sus dolores, como aventados por el soplo vivificante de tu boca, desaparecerán; sus mismos cuerpos, iluminados con una claridad sorprendente, resplandecerán como la luz de la estrella matutina y su alma gozará de una tranquilidad perpetua, calmados los movimientos que excitaba su natural vehemente e indomable.

Pues, según esto, te pido, mi Dios, que me limpies con tu gracia de las manchas con que me ensució mi depravada naturaleza, no

vayan a cerrarme la entrada de gloria prometida a la virtud, entrada que confío se me franqueará con tu favor para que yo, resucitado, después que reciba la claridad ofrecida por Ti al cuerpo, merezca asociarme a los ciudadanos de tu reino celestial. No fue tu deseo castigarnos con las calamidades que padecemos ni tampoco los días de nuestra vida se nos dan para estar sufriendolas y acabarlos con la muerte y, después de un breve espacio, resolernos en la nada: la muerte fue impuesta por Ti para impedir la licencia en el pecar, para que los hombres no se entregaran sin freno ni fin al pecado. El día último del mundo Jesucristo aparecerá, devolverá la vida a todos los muertos; pero sólo elegirá para entrar en su gloria a cuantos trabajaron esforzadamente, pensando que no son dignos de morar en el cielo después de esta vida los que El tuvo que reprender y castigar. Por tanto, portémonos prudentemente como solícitos obreros, con el fin de que al venir el Rey no tenga a menos el admitir a tales comensales en sus bodas. Cuando hayamos sido admitidos en su palacio olvidaremos todas las miserias sufridas, gozándonos de la bienaventuranza perenne.

El nacimiento de nuestro Rey invicto conmovió al orbe entero y, admirado, corrió en pos de El: resucitó a los muertos, dio vista a los ciegos, limpió a leprosos, venció a la muerte y al demonio y aseguró la libertad a nuestro linaje. El mismo, muerto y sepultado, salió lleno de gloria y claridad del sepulcro para volver al cielo, a la diestra de su Padre. Cuando llegue la hora bajará segunda vez al mundo con grande majestad, rodeado de los ejércitos de los espíritus celestiales: entonces cumplirá la promesa hecha en el Evangelio y realizará su ascensión triunfante a los cielos y dará para siempre la herencia íntegra de la bienaventuranza eterna.

XLII

LA CRUZ DE MI TUMBA

Cristo Rey, Reparador de nuestra salud: dame, concédeme la gracia de que a tu venida salga yo vivo del sepulcro y que cuando tu Majestad se manifieste me coloques a tu diestra.

Adoramos, Señor, tu Cruz, en la cual está puesta toda nuestra esperanza de salvarnos, que será la que dé a nuestros cuerpos la inmortalidad y la claridad. Esperan mis ojos tu redención y esperan

también mis oídos la palabra de tu juicio salvador: no me dejes abandonado en el sepulcro, que Tú eres la esperanza de los muertos enterrados. A Adán sepultado le resucitará la voz del Hijo de Dios y, como en otro tiempo a los hebreos, le llevará no a la tierra de promisión, sino que, conducido al cielo, le revestirá de gloria inmortal.

Mas, mientras no nos es dado remontarnos hasta allí, no cesan de resonar en nuestros oídos, como truenos, las voces de los santos: tus apóstoles gritan a los pecadores llamándoles a penitencia, amonestándoles que trabajen en la consecución de la verdadera gloria, pues la vida en este mundo es una fábula.

Nos anuncian nuestra resurrección futura los profetas; los apóstoles, el premio a la virtud, y el Evangelio del Señor nos muestra el camino por el que se va al reino. Que el mundo entero, los hombres todos, cayendo de hinojos, te adoren, Señor, y que toda la tierra alabe tu nombre, que eres Reparador de los que yacen muertos y esperanza postrera de todos los hombres.

Alégrese mi alma en Ti, mi Dios, y mis huesos digan: Señor, en tu misericordia danos vida. A Ti clamamos Dios inmortal, bien innato, imperecedero; mira que a nosotros la muerte nos apremia; mira nuestro dolor. Nuestros pecados nos obligan a pedir auxilio: por ellos perdimos el Paraíso y por eso, ahora y en todo tiempo, imploramos tu clemencia y te rogamos tomes a tu cargo la tutela de nuestra frágil y mortal naturaleza. No permitas, Señor, que nuestras culpas nos arrastren a la perdición, pues tú mismo eres quien perdona los pecados; no dejes huérfanos a estos tus pequeñuelos ni a los viejos les prives de toda protección ni les expongas a la ignominia y la miseria.

La muerte no cambia, la muerte siempre reprende al pecador de sus malas acciones; esto sólo te pedimos: que nos libres de sus manos, porque es sin entrañas, cruel, sin piedad. Guarda a la ciudad en que florece la religión, que ha extendido tu saludable doctrina a las demás regiones circunvecinas: que no se convierta, como la antigua Sodoma, en sepulcro y hoguera de sus mismos habitantes. Clementísimo Amador de los hombres: pon un freno a la boca de la muerte, cierra sus puertas infranqueables; así sucederá que los que no pudieron acabar con nuestra raza se conviertan en peana de nuestros pies.

Por aquel tu amor, Señor, con que nos amaste, no nos abandones y danos tu ayuda para servirte todos los días fervientemente.

¡CRUZ REPARADORA!

Vinieron los apóstoles a anunciarnos que con tu muerte había sido reparada la nuestra; rogámoste que ellos mismos vuelvan a tu tribunal intercediendo compasivos por nuestra salvación.

Cristo Rey de la gloria, que recogiste a los hermanos que perdimos: protégenos con tu mano contra la muerte que, desenvainada la espada, amenaza nuestras cabezas; mas aquel divino Espíritu, de quien nos revestimos en el bautismo, abra las puertas de tu misericordia para que, admitidos en sus umbrales, atestemos la magnitud de tus méritos. Mientras, que deploren los ancianos su desgracia, pues tan frecuentes son las defunciones, que los jóvenes, enterradores de los ancianos, reclaman sepulturero; y si la muerte se lleva a los jóvenes, ¿qué les queda a los viejos más que la vergüenza de carecer de sepultura?

Demos de mano a toda otra preocupación y nuestro único cuidado sea rogar a Dios, no sea que su furor nos quite toda solicitud en aquella venganza que El ejecutó contra los de Sodoma, quienes, distraídos con otros negocios, no quisieron preocuparse de uno sólo: el de pedir la clemencia de Dios con oraciones y promesas.

En el templo ensalzan los sacerdotes, con los himnos y salmos que el Espíritu Santo les enseñó, a tu divina Majestad; ruégote y suplicote, dulcísimo Dios, que no permitas que esas melodías sagradas que te cantan se truequen en endechas funerarias de sus compañeros.

¡Santa Cruz! Tú que erigiste iglesias y templos magníficos en tu honor, levanta del polvo nuestra frente y devuélvenos todos los miembros, triturados, pulverizados. Los moradores abandonaron sus hogares y éstos se han quedado sucios, y sus cuerpos, impotentes para soportar el dolor, soltaron el alma.

Cruz reparadora del Salvador de la vida,
Expulsora de la muerte,
Tú, casa limpia y bien conservada,
Guarda al mundo puro, intacto y sin daño.
Padre omnipotente, que nos sellaste con la verdad:
Conserva en nosotros la herencia de tu Hijo,
Según tu promesa fiel,

Rehaciendo el cuerpo
Que formaste del barro.

Concédenos, Dios, lo que con lágrimas te pedimos; no desoigas nuestras súplicas; cumple según tu nunca desmentida compasión y, aplacado, da a tus siervos la paz y la salud.

XLIV

JESUCRISTO, PRENDA DE NUESTRA RESURRECCION

Al sonido de la trompeta terrible, despertados los muertos de sus sepulcros prorrumpirán en alabanzas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, pues con su soplo divino recobraron sus cuerpos. El Padre hizo del barro al autor de nuestro linaje y a su posteridad la arrancó el Hijo de la vana superstición con la virtud de su Cruz. Hecho yo particionero con tu gracia de este beneficio, Señor, te pido que me coloques a tu diestra como cantor de tu santo nombre. Por estos tus beneficios hechos a nosotros, ¡oh Cristo!, de rodillas te adoramos, en Ti confiamos que nos darás la vida y la eterna felicidad a tus fieles servidores, que recibieron el bautismo y creyeron en tu muerte, muerte de cruz.

Demos, pues, gracias a Jesucristo, que con su venida acogió a la posteridad de Adán para repararla y a nosotros todos también nos recibió entre aquella porción de los justos que le fueron gratos y nos adoptó y nos predestinó para predicadores de sus alabanzas. Alabado y glorificado seas, porque diste al mundo con tu resurrección la prenda y el modelo que nos restituirá al estado primitivo de nuestra naturaleza y así aprendiésemos a ensalzarte como autor de la resurrección de toda carne y a celebrarte con perpetuas alabanzas.

Es del todo inminente la hora de mi separación y nadie hay que pueda impedir a la muerte que caiga sobre mí si no es tu Espíritu, Señor, el mismo que devuelve la vida a los muertos.

Por lo cual, mortales todos, cobrad ánimo y alabemos al Autor de nuestra salud, que con su muerte arrebató el poderío a la muerte y alcanzó la resurrección y la vida bienaventurada al género humano. Así, pues, alma, que te acogiste a la Cruz de Cristo, ten confianza, que heredarás el tesoro que permanece por toda la eternidad; da gracias a tu Reparador, que te mereció y regaló la compañía de los espíritus celestiales.

Pensando, pues, estas cosas nos elevamos a la adoración y reverencia de la benignidad del Padre, particular con nosotros, pues su Unigénito, allegado a nosotros, libró al humano linaje del diablo y de la muerte y ahora, sentado a la diestra de su Engendrador, intercede por todos nosotros. Y si en verdad la desobediencia del primer Adán acarreó la muerte y a todos sus sucesores los condenó y perdió, viceversa el segundo Adán los perdonó y devolvió a la vida. Por tanto, una y otra vez demos gracias al Padre, que constituyó a su Hijo salvador de nuestra raza y debelador de la muerte y del diablo y les sentó a su derecha como intercesor nuestro.

XLV

NO TE ALABAN LOS MUERTOS, PERO LOS VIVOS SI

Amé tu Ley, Señor, y por eso guardaré tus mandamientos. (Salmo 118). El diablo me envolvió en sus artes, me hizo su cautivo y por mi culpa fui reducido al polvo, al polvo del que nací. Pero no pierdo la esperanza de resucitar un día, cuando tu voz me despierte.

Engañado incautamente nuestro primer padre en el Paraíso, me hizo reo y me entregó al pecado y a la muerte; el Hijo de la Virgen María me absolvió de la culpa y me mandó que viviese para El. Cristo, usa con tu siervo, cuando haya pasado de esta vida, de esa tu misma clemencia el día en que yo resucite y Tú vengas, pues sólo Tú eres compasivo y sólo Tú perdonas los pecados.

Tan pronto como me asaltó el recuerdo de que tenía que morir lancé un gemido, desconfiando de mis propias obras: bien conocidas tenía mis muchas y graves faltas y crímenes nefandos, que todos serán manifestados un día a la faz del mundo entero. ¡Ay! Allí no habrá lugar a penitencia; allí no valdrán los suspiros, pues el Juez pesará los actos de cada cual con un peso justo y no se dejará doblegar ni con lágrimas ni sollozos.

Ahora me es forzoso implorar tu piedad: me lo permite esperar tu amor a los hombres. Vendrá el día en el cual los sepulcros arrojarán de sí a los muertos y resonará la trompeta con voz terrible como de trueno, y el mundo todo temblará. Entonces bajarán, obedientes a tu imperio, los ángeles, quienes separarán los buenos de los malos, y las nubes, amontonadas, levantarán en los aires los cuerpos de los santos.

Ruégote que en aquella horrenda conmoción de las cosas de este mundo, recibíendome en tu misericordia, me coloques a tu diestra; Tú eres bueno, Señor, y cualidad tuya la de hacer favores a desvalidos.

Vuelto después con la imaginación al infierno para contemplar los cadáveres, sucios por la inmundicia de aquel lugar, y mirándoles uno a uno a derecha e izquierda, arriba y abajo, clamé hacia Ti, Señor, y dije, pidiéndote que no me abandonases, lo que Ezequías; *El infierno no te alabaré ni la muerte tampoco*. (Isaías, XXXVIII, 18). Yo sí que te alabaré; pero sólo te pido que me compadezcas y me levantes, porque Tú eres mi esperanza, y humilles al diablo, que se gloria de mi mal. El postrero día se juzgará sin misericordia a los malos que pecaron y no hicieron penitencia como convenía; pero los que obraron con rectitud y cumplieron los mandamientos del Señor recibirán justa recompensa en el cielo y la vida eterna. Alegraránse los justos y el recuerdo de sus trabajos pasados acrecentará su alegría y mutuamente se felicitarán. Tú, Señor, que eres compasivo con los pecadores y estás siempre dispuesto a perdonar, oye nuestras súplicas y compadécete de nuestro hermano difunto y perdónale sus pecados.

XLVI

LA MUERTE DEL JUSTO

No puedo menos de considerarte hombre dichosísimo, pues consagraste a Dios en los años juveniles tu cuerpo, conservando sin mancha como naveta de incienso purísimo; por eso el Señor te trasladó a la región vastísima de la paz, a los goces de la vida perdurable que El tiene prometidos.

Pasaste los años de tu vida por este suelo dado a las viglias, a los ayunos y a la oración asidua y guardando la pobreza voluntaria, puente tendido sobre este mar infame, infamado con las muertes de tantos naufragos; así no dudo que el Señor, único objeto de tus amores, te abrirá la puerta de su reino y te sentará a su diestra. Porque además durante toda la vida te diste al cultivo de la viña de tu Señor, te auguro que tu nombre correrá de boca en boca por toda la eternidad y que tus plegarias nos han de ser utilísimas. Mientras tanto, no cesaremos de alabar la bondad de Jesucristo, que te hizo vaso de honor digno de su majestad.

Al puerto que Cristo Rey preparó han llegado cuantos trabajaron denodadamente por él y con fidelidad cumplieron sus preceptos; sus huellas debemos todos seguir con igual amor a Dios, pues, como ellos, también nosotros conseguiremos la bienaventuranza eterna.

Todos los santos han conquistado la palma con el auxilio de la gracia de Cristo, que la ignominia de la cruz convirtió en glorioso trofeo; por eso determinaron trabajar con todo ahínco para conseguir el cielo, puerto seguro tras esta azarosa travesía y fin de todos sus trabajos. No ignoraban que en el último día vendría el Señor a la tierra y al subirse a la gloria ellos le acompañarían hasta allá.

Proteja, Señor, tu diestra a estos tus siervos, reunidos aquí para honrar la memoria de un hombre de probada virtud y santidad, con cuyos ruegos esperamos que darás la paz a los que concediste tu luz. La fama de sus acciones buenas se ha extendido por toda la región y los pueblos se persuadieron de que con su intercesión conseguirían algún beneficio. Protege a estos cristianos piadosos, que honran hoy su memoria, y dales la gracia de poderte servir durante su vida entera.

Grande y noble palacio se te prepara en el cielo, ¡oh bienaventurado!, pues no permitirá el Señor que queden sin recompensa adecuada tu caridad y tu obediencia. Ruega a Cristo Rey juntamente con nosotros, a quien amaste, para que no desampare nuestras almas.

Tu nombre venerable queda escrito en los fastos de nuestra Iglesia; pero tu gloria y tu felicidad, allá en el cielo, están junto a la diestra del Padre. Ahora te pedimos que interpongas tus súplicas y seas un muro fortísimo contra los asaltos del enemigo. En la tierra, sacerdote santo y venerable, se reverencia tu memoria; pero tus trabajos los está premiando el cielo, pues, enamorado de la gloria eterna, te hiciste merecedor de la corona. Pide con instancia y prontamente conseguiremos la paz y el perdón de Dios, que te eligió para que le gozases por una eternidad.

En este varón santo moraron de asiento la modestia, la mansedumbre, la pureza y la inocencia: se propuso ganar la batalla y venció. Demos gracias a Dios, porque, protegido por la loriga del Espíritu Santo, resistió a las tentaciones y a los trabajos. En este día solemne celebran, Padre, tu fiesta los hombres y los ángeles y los espíritus todos celestiales con suma alegría. Ruega tú al Señor, ya que has merecido entrar en el puerto seguro, que amanse las olas que nos embaten a nosotros, miserables. En este día solemne celebran, Padre, tu fiesta los ángeles y los hombres; pero también ensalzan el poder

divino que te dio la victoria en la lucha y se alegran de tu triunfo, porque has sido colocado como fuente saludable para lavar y expeler la tristeza de las almas afligidas y como refugio seguro contra todos los peligros.

XLVII

EL JUICIO PARTICULAR

Estando para emprender el camino largo, el camino lleno de zozobras, te recibí a Ti, ¡oh Hijo de Dios!, en viático; tan pronto como sienta hambre te comeré, Reparador de nuestro linaje: así me sucederá que el fuego (la tentación) no osará acercarse a mis miembros, pues no puede soportar el olor de tu Cuerpo ni de tu Sangre. Ahora, Señor, el bautismo me sirve de barquichuela: no temo naufragio y no dudo que en el día de mi reparación te veré.

Mas, hasta que llegue esa hora, mi alma desterrada, empobrecida, exhala hacia Ti estas quejas amargas. Vivo infeliz en un mesón que me manda el Señor abandonar; no hay medio de prolongar en él mi estancia: el cobrador que El ha enviado me urge, me obliga a mudar de lugar y evacuar la casa que hasta ahora habité. Adiós, cuerpo-mío; adiós, casita que me dieron para unos cuantos días: confío y espero que en la común resurrección de los muertos se me devolverá, secas las lágrimas de mis ojos.

¡Ay! Llegaron los verdugos a pasos de gigante, me cogieron de improviso: aquí está ya el espía y no le presentí yo. Líbrame, Señor, del tormento del demonio, enemigo implacable de los justos, tus hijos; permíteme volar a tu reino, en donde, asociado a tus santos, empiece a alabar y cantar tu gloria.

Mi alma se quejará y dirá: ¡Qué amargo es este cáliz que me ha preparado mi adversario la muerte! ¡Qué horribles este momento y esta hora funesta en que me acerco al juicio! Adiós, cuerpo, domicilio mío querido que poseí el tiempo que quiso el Señor; adiós. ¡Oh, qué tormento no desgarrará al corazón del pecador cuando Cristo Rey, Juez temible, se siente en el tribunal y ante El comparezcan todos los hombres que fueron y todas las cosas queden patentes! ¡Juicio horrendo, Juez tremendo, hora terrorífica! Dichoso será el que merezca, Señor, la protección de tu gracia.

XLVIII

LA TROMPETA DEL JUICIO

¡Con qué gloria, con qué horrendo aparato, Señor, llegará el día de tu venida, cuando te dejarás ver en lo más alto de los cielos! Con tu fulgor sacudidas, las puertas del cielo se abrirán de par en par, y los mundos de arriba y los mundos de abajo y los astros, todo quedará oscuro. El arcángel San Gabriel, enarbolando y enseñando por doquier el trofeo de la Cruz, ensalzará y alabará la fe de los hijos de la santa Iglesia y sonrojará con su locura y perfidia a los judíos y a los paganos. Después, con tu voz omnipotente, Señor, dejarás vacíos los antros del abismo, y sacados de allí los cadáveres de los muertos, y animados otra vez por tu soplo, los llevarás a la vida inmortal, batiendo palmas a tu magnificencia los pueblos de todas las naciones y lenguas. Sonará la trompeta, prenuncio de tu venida próxima; los ángeles bajados del cielo ensalzarán la gloria del Dios venidero y, acto seguido, se despertarán los que yacían dormidos en el sueño de la muerte, señalados pregoneros de la Majestad que llegará sin tardanza. Estos, los que vivieron santa y castamente, acompañarán al Juez cuando se torne al cielo y, entrados en él, cerrarán las puertas; luego, rechazados, los réprobos rodarán hasta los infiernos. Señor, te ruego que no me cierres la puerta de tu misericordia, a mí que me has criado para magnificar tu nombre. Venid ahora, amigos, y honremos el tránsito de nuestro hermano pidiendo al Arbitro supremo de la vida que lleve a la región de la luz al que sacó del tráfigo de las cosas terrenales y le junte a los que aprobaron sus obras y su celo. Oremos para que éste, que ha salido de vida mortal, oiga la invitación de subir al reino eterno, preparado por Jesucristo en la región beatísima de los cielos.

Tu muerte, no lo ocultamos, nos es muy sensible y nos produce un dolor acerbo, sobre todo por vernos privados de tu compañía y porque has ido a regiones desconocidas para nosotros. Sin embargo, no olvides la palabra del que aseguró que quien no hubiere sufrido contradicciones y dolores por Cristo no tendrá la vida en sí mismo. Ahora bien: como tú has cumplido los mandamientos del Señor, la benignidad por esencia, no dudes que serás introducido en los reinos de la luz que no se apaga y que recibirás la recompensa en el descanso eterno.

XLIX

ESPERANZA

Sentado junto a un sepulcro contemplaba el esqueleto de un hombre encerrado en él; me dolía que estuviese deshecho y sucio, a causa del frío y la humedad, y en gran parte reducido a ceniza: por eso no podía yo reconocer la hermosura del rostro. Mi dolor aumentaba al ver dispersos en derredor los huesos de los muertos y desmenuzados por el prolongado abandono; no pudiendo sufrir aquel triste espectáculo me retiré. Al instante me acordé de que todos los muertos volverán a la vida y el sonido de la trompeta, anuncio de cosa tan grande, resonó en mis oídos. Tu bondad me dejó suspenso, Señor, considerando que has preparado a los descendientes de Adán un remedio a la muerte. Este pensamiento me movía a leer con más atención las promesas del Evangelio.

Después comencé a dar gracias a tu Majestad, ya porque hermoseaste a nuestra naturaleza con tu imagen, ya, sobre todo, porque en estos últimos tiempos enviaste a la tierra a tu hijo para expeler el error y porque has determinado que vuelva el día postrero del mundo, visite las tumbas de los muertos y sacando de ellas a la raza entera de Adán le dé la inmortalidad, pero con esta condición: que se lleve consigo al cielo a los justos y precipite en los infiernos a los malos entre los aplausos de los buenos.

Justo es tu juicio, Señor; Rey del Universo eres, Dios; a Ti sean dadas la alabanza y la gloria.

L

ORACION

¿A dónde, Señor, huiré de tu rostro?
¿A dónde me esconderé de tu presencia?

El cielo es tu silla,
La tierra el escabel de tus pies,
Tus caminos en el mar,
Tu imperio en el abismo.

Si el mundo se acerca a su fin,
Te pido, Señor misericordioso, buen término.
Tú sabes nuestras muchas iniquidades,
Nosotros sabemos tus muchas misericordias.
Si tus misericordias no se interponen a tu gracia
Por nuestros pecados, perdida está nuestra esperanza.
Estamos, Señor, desahuciados.
Señor, Señor, no escondas tu mano de nosotros,
No nos abandones,
Ya que nos alimentas con tu Cuerpo y tu Sangre:
En el último día de los tiempos,
Cuando las obras de todos los mortales sean juzgadas,
No nos arrojes de tu presencia,
Que hemos confesado tu nombre santo.
Padre, Hijo y Espíritu Paráclito,
Salvad y defended nuestras almas del malo.
Pedimos a tu clemencia perdón de los pecados,
Que nuestras ignorancias disimules,
Abras las puertas de tus misericordias,
Concedas tiempos tranquilos.
Abiertas tus puertas a los arrepentidos,
Escucha aplicado nuestras súplicas,
Despáchalas conforme a nuestros deseos.

INDICE

PROLOGO	3
I. El buen pastor	9
II. La mística sal de las almas	13
III. La fe robusta	13
IV. La cítara se ha callado	14
V. El apóstol	15
VI. La castidad	17
VII. Se ha apagado la lámpara	18
VIII. Consuelos	20
IX. ¡Ansias de cielo!	22
X. El testamento	23
XI. El triunfo de la virtud	26
XII. Modelo de diáconos	28
XIII. ¡Añorándose!	28
XIV. El sacerdote santo	32
XV. Tierna despedida	33
XVI. Modelo de sacerdotes	35
XVII. El polvo de Adán	38
XVIII. La Iglesia llora la ausencia de su párroco	39
XIX. El sepulcro de un rey y de un mendigo	40
XX. Ayes de un padre moribundo	42
XXI. Consejos de una madre en su lecho de muerte: deplora el legado de Eva	44
XXII. ¡Ha muerto la dueña de esta casa!	49
XXIII. Pongamos nuestra confianza en Dios	50
XXIV. ¡Los jóvenes, báculos de la vejez!	52
XXV. La confianza de un corazón	53
XXVI. ¡El Hosanna triunfal de mi niño!	54
XXVII. Niño feliz, pedro madre desolada	55
XXVIII. Piensa en el mañana	55
XXIX. ¡Lo que dice la tumba!	57
XXX. La oración del moribundo	58
XXXI. La aura de la resurrección	60
XXXII. Los lirios del Jardín del Cielo	61
XXXIII. La alabanza de los parvulitos	62

XXXIV.	¡A todos iguala el sepulcro!	62
XXXV.	¡Vanidad de vanidades!	67
XXXVI.	Altercado entre la muerte y el Diablo	70
XXXVII.	Estragos y castigos de la peste	71
XXXVIII.	¡Desolación aterradora!	74
XXXIX.	Temor y esperanza	76
XL.	Dolor sumo es perder todos los bienes	77
XLI.	Juicio Final	78
XLII.	La cruz de mi tumba	81
XLIII.	¡Cruz reparadora!	83
XLIV.	Jesucristo, prenda de nuestra Resurrección	84
XLV.	No te alaban los muertos, pero los vivos sí	85
XLVI.	La muerte del justo	86
XLVII.	El juicio particular	88
XLVIII.	La trompeta del juicio	89
XLIX.	Esperanza	90
L.	Oración	90